

OPUS
HABANA

¿CIUDAD UTÓPICA O KASBAH DEL NUEVO MUNDO?



LOS CUADROS DEL TEMPLETE:

dudas y certezas de su restauración

El Museo de la Ciudad



8 500102 530846

Revista de la Oficina del Historiador


PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

P.00411
Jul 05

Cicerón decía:

**«Si junto
a la biblioteca
tienes un jardín,
ya no te faltará nada.»**



Además de un bello jardín, junto a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana del Museo de la Ciudad tiene usted el Archivo y la Fototeca de la Oficina del Historiador.

En la Biblioteca puede consultar la colección de libros raros y valiosos (siglos XVI-XIX), así como los fondos bibliográficos más selectos sobre la historia de Cuba.

En el Archivo, las actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana, desde 1550 hasta nuestros días; legajos completos de familias cubanas y otros documentos de inapreciable valor.

En la Fototeca, millares de imágenes sobre temas de interés histórico-cultural, incluyendo los primeros daguerrotipos hechos en Cuba.

Todo con servicios computarizados... y junto al bello jardín que encierra el patio colonial del antiguo Palacio de los Capitanes Generales.

Para más información puede dirigirse a:
Museo de la Ciudad, Tacón No. 1, entre Obispo y O'Reilly, Habana Vieja (Código Postal 10100).
Teléfonos: (357) 61-5001/5062. Fax: 33-8183

Casa de papel

por Eusebio Leal Spengler



No he cedido a la tentación de encabezar estas líneas con la antigua advertencia de «a los que leyeren, sabed»; pero estoy convencido de que al darse a imprenta el primer número de *Opus Habana*, siento que la revista logrará, por fin, reunir todo cuanto la institución ha acumulado de sabiduría, entendiendo como tal la experiencia vivida, que comprende el acierto y el error.

Al dar vida a esta criatura, cuyos rasgos han de recordar a sus progenitores, me ilusiona pensar que ya no se llevará el viento a la palabra ni a tanto tiempo dedicado al noble ejercicio de la memoria. Quedará impreso el verbo enfilado a curar y restañar las heridas de los años, a rememorar los méritos y empeños de tantas personalidades ilustres de las ciencias y la investigación, de las artes y las letras; y también ese afán que llegó a colmar las horas de nuestra existencia por su naturaleza menos conocidas: escuchar con paciencia la voz quebrada de los ancianos, que revelaron lo que no estaba escrito en libro alguno.

La revista, y hablemos de ella propiamente, es como nuestra casa de papel. A ella invitamos a todos nuestros amigos, no sólo de Cuba, sino de los pueblos hispanoamericanos y de otros pueblos donde hay muchos talentos que quisiéramos tener como lectores, además de como colaboradores. En esta publicación cubana y habanera no ha de faltar la restauración de edificios y de obras de arte; las novedades de la pesquisa documental en el vasto archivo, finalmente preservado; las noticias de arqueología, que enriquecen de manera sustancial nuestro patrimonio. Tampoco faltarán las colecciones del Museo de la Ciudad y la interpretación de la historia como búsqueda ansiosa de la verdad en el pasado, que sea útil para explicar el presente y guiar la palabra con sentido profético al futuro.

Son tiempos de hacer: de ahí el nominarla *OPUS*; y *HABANA*, porque a ella hemos consagrado el voto de por vida como ciudad clave para comprender la realidad americana. Con estas letras enciendo una lámpara votiva que ilumine la memoria de sus predecesores, muy particularmente la del doctor Emilio Roig de Leuchsenring, que recogió los valores culturales de La Habana y fundó, con moderna concepción, la Oficina del Historiador, dotándola con salas de museo, archivo, biblioteca y publicaciones. Así generó tal inquietud en la sociedad de su tiempo, que aún hoy, tantos años después, me es dado percibir el eco de sus pasos.

Ahora, sólo nos queda perseverar, que es la virtud complementaria de fundar.

Eusebio Leal Spengler,
Historiador de la Ciudad desde 1967 y máxima autoridad
para la restauración integral del Centro Histórico.

Editor: Miguel Fernández
Editor adjunto: Argel Calcines
Diseño gráfico: Roger Sospedra
Fotografía: Ricardo G. Ellas
Asistentes editoriales:
Tamara Oliver
Erick Coego
Manuela Nocedo
Eduardo J. Fernández
Asesora: Rayda Mara Suárez

OPUS HABANA (ISSN 1025-3084)

es una publicación seriada de la Oficina del Historiador de La Ciudad. © Reservados todos los derechos.

Redacción: Tacón No. 1, entre Obispo y O'Reilly, Habana Vieja.

Código postal 10100. Teléfono: (537) 61-5001. Fax: (537) 338183.

Socialización: Consorcio Latinoamericano de Representaciones.

Impresos y Turismo S.A. (CLARITSA). Apartado 10149-1000

San José de Costa Rica. Teléfono: (506) 283-6527.

Tel./ Fax: (506) 234-2504.

E-mail: Pandion@sol.racsa.co.cr



Fundada en 1938 por Emilio Roig de Leuchsenring.



Publicación Ambientalmente Responsable
Impresa en Papel Ecológico

ID
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3 CASA DE PAPEL
Por Eusebio Leal Spengler.

HISTORIA Y ESTILO

7 VERDADES DE LA FICCIÓN HISTÓRICA
Los ritos conmemorativos vinculados a San Cristóbal y El Templete muestran con qué avidez el municipalismo habanero gusta de contemplarse a sí mismo bajo el prisma de la tradición y la cultura.

9 EN BUSCA DEL AURA PERDIDA
Un equipo franco-cubano de restauración busca qué pintó realmente el artista francés Juan Bautista Vermay en los cuadros de El Templete.

15 ELOGIO Y REFUTACIÓN DEL TIEMPO
Ordenar las colecciones del Museo de la Ciudad ha sido una forma silenciosa y modesta de ejercer el criterio sobre la Historia de Cuba.

21 ENTRE CUBANOS
Con el presbítero e historiador Rafael Cepeda Clemente.

25 EL ARTISTA Y LA CIUDAD
José Lezama Lima.

En cada número aparece el suplemento cultural **breviario**

30 LOS TÓNICOS DE LA VOLUNTAD

El hacinamiento y la ruina física de muchos edificios en La Habana Vieja preocupan a María Luisa Cerrillos, directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural en Iberoamérica.

37 OFICIOS PERDIDOS

Carpintería de lo Blanco.

41 ECOS

La bahía de La Habana es laguna de oxidación del vecindario desde el siglo XVI y encara hoy altos niveles de contaminación.

47 MODOS Y MODOS

A fines del siglo XIX, la imagen de la cubana ya está delineada con precisión.

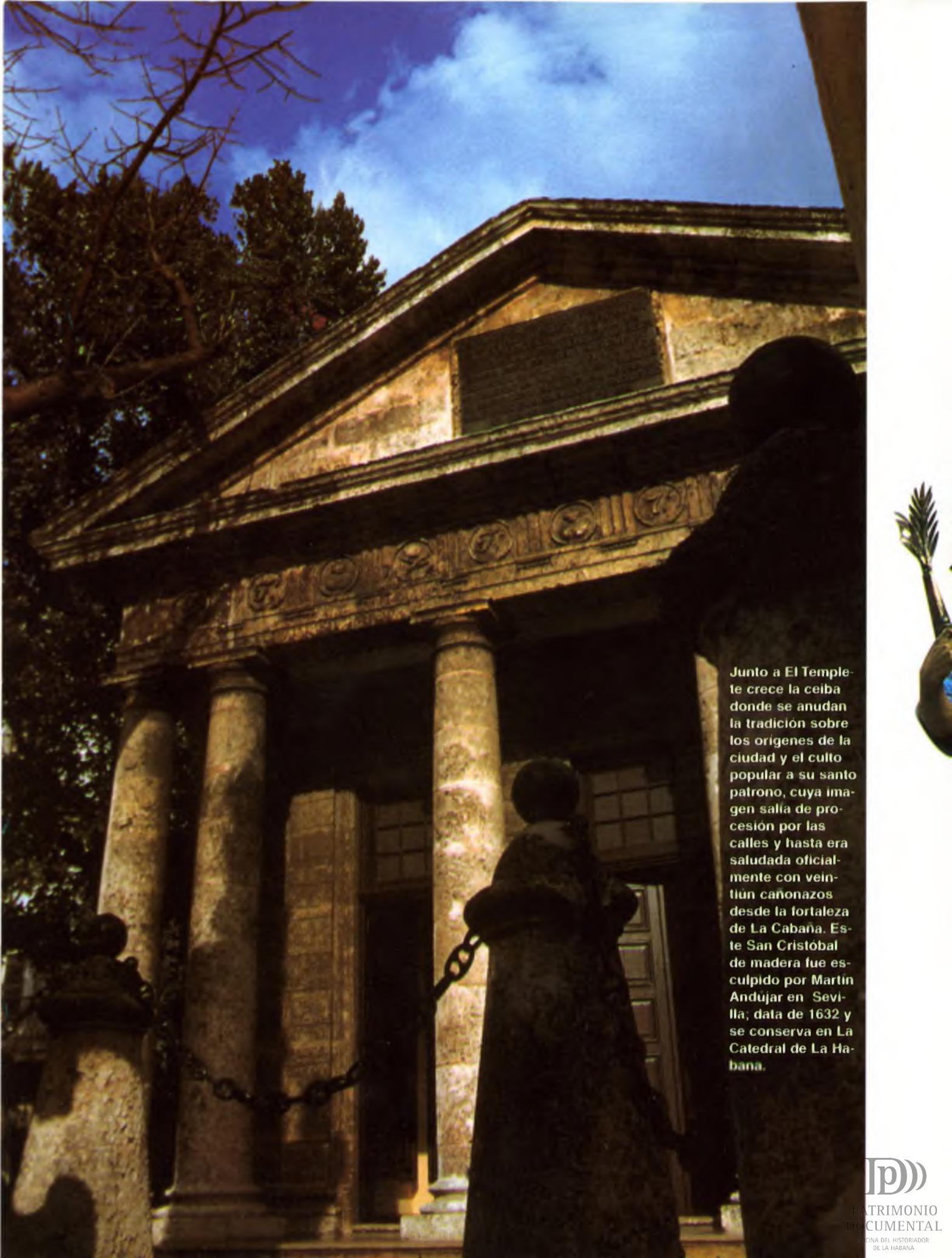
48 CRÓNICAS VIRJERRAS

El barón Alexander von Humboldt pasó a principios del siglo XIX por Trinidad de Cuba, hoy Patrimonio de la Humanidad.

50 ¿SE PUEDE VIVIR EN LA HABANA SIN UN CENTAVO?

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

con notas de interés sobre el Centro Histórico



Junto a El Temple crece la ceiba donde se anudan la tradición sobre los orígenes de la ciudad y el culto popular a su santo patrono, cuya imagen salía de procesión por las calles y hasta era saludada oficialmente con veintiún cañonazos desde la fortaleza de La Cabaña. Este San Cristóbal de madera fue esculpido por Martín Andújar en Sevilla; data de 1632 y se conserva en La Catedral de La Habana.



El santo, la ceiba y el templete

VERDADES

de la ficción histórica

por Miguel Fernández

Un hecho incierto puede ser esencialmente verdadero, si arraiga como seña de identidad colectiva.



Cada 16 de noviembre la gente acude temprano a la Plaza de Armas y en absoluto silencio da tres vueltas alrededor de una ceiba con la esperanza de recibir otras tantas gracias de San Cristóbal, patrono de La Habana. El calendario prescribe que la fiesta de este santo es el 25 de julio, pero en Cuba colonial se procedió a celebrarla el 16 de noviembre para no embarazar la festividad de Santiago Apóstol, patrono de España. Tras la independencia desapareció esta causa excepcional, pero aún subsiste el efecto de la tradición.

Asimismo ha cambiado la imagen del santo al compás de la modernidad. De guiar la barca de un pescador o atajar un caballo desbocado, pasó a impedir el choque de automóviles, detener una locomotora en peligro o sostener un avión próximo a estrellarse... Sin embargo, el núcleo tradicional pervive, pues al gigante bautizado como Cristóbal se le encomendó ayudar a los viajeros.

Cuentan que un niño le pidió cruzar cierta corriente impetuosa. El santo lo colocó sobre sus espaldas y empezó a vadear el río, pero la carga se hizo tan pesada que, cuando llegaron a la orilla, dijo el gigante:

—Pesabas tanto que si hubiera llevado el mundo entero, no hubiera sido mayor el peso.

—No te extrañe, Cristóbal —respondió el niño—, pues has llevado sobre tus espaldas al mundo entero y a su creador. Has de saber que soy Jesucristo.

Algunos sabios católicos desestiman esta leyenda, pero otros no han vacilado en interpretarla como alegoría, entre ellos San Pedro Damián (988-1072) y Marcos Jerónimo Vida

(1480-1556). La propia etimología (*Christoferens*: aquel que llevó a Cristo) sugiere a los fieles que deben llevar a Jesús en el corazón con tanto cuidado como lo hizo el santo sobre sus espaldas. Tampoco refrendan los teólogos esa creencia popular de que las tres gracias se han de pedir a San Cristóbal sin articular palabra alguna, pero ya son clásicos habaneros «la misa de los mudos» en la Catedral y el triple rodeo a la ceiba plantada en el lado noreste de la Plaza de Armas.

Este árbol pretende representar a otro ya extinto: la ceiba primitiva bajo cuya sombra los conquistadores españoles habrían celebrado en 1519 la misa y el cabildo previstos para asentar la villa de San Cristóbal de La Habana, junto al puerto de Carenas. La constancia de esta doble ceremonia quedó petrificada en 1754 por el capitán general de la Isla, Francisco Cagigal de la Vega (1695-1777), quien dispuso levantar una columna de tres caras coronada por una imagen de la virgen Nuestra Señora del Pilar. La cara del este muestra un relieve de la ceiba primitiva, con las ramas cortadas y sin follaje; por el sur, una inscripción en latín señala que dicho árbol era «signo memorable». Por el norte aparece una inscripción más explícita, en castellano antiguo: «Fundóse la villa (oy ciudad) de La Habana en el año de 1515 y al mudarse de su primitivo asiento a la rivera de este puerto el de 1519 es tradición que en este sitio se halló una frondosa ceiba bajo de la cual se celebró la primera misa y cabildo: permaneció hasta el de 1753 que se esterilizó...»

Acerca de tan significativas ceiba y ceremonias no han encontrado los historiadores ninguna mención anterior a



Columna de Cagigal

1753, ni siquiera en las actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana, que se conservan desde mediados de 1550 y no dejan de referir, en cambio, que el 8 de febrero de 1556 se prohibió a todo negro esclavo vender casa-bajo la amenaza de «cien azotes atado a la *Seiba de la plaza...*». Por supuesto que esta *Seiba* no podía ser aquella rememorada por la pilastra triangular al noreste de la Plaza de Armas, pues en 1556 *la plaza* estaba en el sitio que desde 1559 ocupa el castillo de la Real Fuerza, según consta en las propias actas capitulares.

La especulación sobre la ceiba legendaria llegó al extremo de hacer leña del árbol caído; de tal palo habrían sido remitidas tales astillas por los cónsules británico y estadounidense a los museos de Londres y de Washington, respectivamente. Sólo que esta ceiba desapareció en 1753, cuando no había cónsul de la Gran Bretaña en La Habana y ni siquiera Estados Unidos de América. Lo cierto es que en derredor de la columna de Cagigal fueron sembradas tres ceibas entre 1755 y 1757, de las cuales sobrevivió una, derribada en 1827. Al año siguiente se plantaron tres más, pero de nuevo quedó sólo una, que en 1960 fue reemplazada por la ceiba actual.

La tradición fue exaltada en 1827 por el capitán general Francisco Dionisio Vives (1775-1840) con la orden de restaurar la columna de Cagigal y construir detrás de ella el primer edificio de notorio carácter neoclásico en la arquitectura colonial cubana: El Templete. En su interior se colocaron un busto de Cristóbal Colón y tres grandes lienzos del pintor francés Juan Bautista Vermay (1786-1833), quien había llegado a La Habana hacia 1816, se dice que con cartas de recomendación, atribuidas a Goya y al príncipe Luis Felipe de Orleans.

Vermay fundaría la escuela cubana de dibujo y pintura: la Academia de San Alejandro. Decoraba el techo de la Catedral en 1826, cuando cayó del andamio y quedó como muerto, pero logró reponerse y entregar las obras



Retrato a J. B. Vermay (1883)
Eliabh Metcalf
Óleo sobre tela, 76,5 x 64 cm
Museo Nacional

para El Templete. Al recrear la misa y el cabildo de marras, contradujo la verdad histórica, porque en sus cuadros figura el conquistador Diego Velázquez, quien no salió de Santiago de Cuba durante todo el año de 1519, agobiado por los preparativos de la expedición punitiva contra Hernán Cortés, tal y como relatan los cronistas de Indias.

Incluso la fundación de la villa de San Cristóbal de La Habana, que ameritó de seguro una misa y cabildo condignos, tuvo lugar antes de 1519 en la costa sur de la Isla, cerca de la boca del río Onicajinal (Mayabeque). Luego se trasladaron sus vecinos a la desembocadura del río Casiguaguas (Almendares), en la costa norte, y acabarían por establecerse definitivamente junto al puerto de Carenas (La Habana). Es lógico suponer que tales asentamientos se sucedieran sin complicaciones ceremoniales, señala el historiador Emilio Roig de Leuchsenring.

Así que de estos lienzos de Vermay, que llegan a nuestros días por entre múltiples daños y restauraciones, sólo uno tendría la condición de página historiográfica: el cuadro que refleja la propia ceremonia inaugural de El Templete, oficiada el 19 de marzo de 1828 por el obispo Juan José Díaz de Espada y Landa (1756-1832). Los otros dos deben entenderse en un sentido tan alegórico como la leyenda del santo patrono de La Habana.

Todo el conjunto monumentalario de pilastra, ceiba y templete corre igual suerte, porque es casi imposible sacarles algo más que tenues conjeturas, pero no dejan de ser símbolos tradicionales del municipalismo habanero. ■



*EN
BUSCA
DEL
AURA
PERDIDA*

por Argel Calcines

A punto de concluir la limpieza del cuadro *La primera misa*, el grupo franco-cubano encargado de salvaguardar las obras de Juan Bautista Vermay en La Habana, precisa qué pintó realmente el artista.





Croquis de trabajo para restaurar *La primera*, óleo sobre tela de 426 x 340 cm.

Con vistas a demostrar la existencia irrepetible de cualquier obra de arte, el malogrado filósofo judíoalemán Walter Benjamin (1892-1940) acude en uno de sus «discursos ininterrumpidos» a la metáfora de *aura* para definir *el aquí y ahora del original*, inatracable hasta por la más acabada de las reproducciones técnicas: foto, grabado, cinema. Además de las vicisitudes históricas, incluidos los cambios eventuales de propietario, este pensador considera como elementos del *aura* las alteraciones físicas producidas por la obra a lo largo del tiempo, que sólo podrían medirse con métodos físicos y químicos, impracticables sobre una reproducción.

Tal «concepto de autenticidad» no tiene en cuenta las pérdidas de imagen (contenido) por degradación de la materia, ni los intentos de reintegrarlas, uno de los mayores retos que encara la restauración de pinturas de caballete.

Así, por ejemplo, ¿qué pintó realmente Juan Bautista Vermay en los cuadros de *El Templete*? suele ser una de las primeras preguntas al mirar esos lienzos en inequívoco estado de deterioro.

Repensemos el concepto de *aura*, en el sentido de entender por esta bella metáfora *el aquí y ahora del original* cuando el artista francés establecido en La Habana develó cada lienzo ante los ojos de su mecenas, el obispo Espada, y este le confirió su aprobación con un ligero pestañear, una vuelta, o tal vez una rotunda inclinación de cabeza.

LAS CORTEZAS DEL LIENZO

Sólo una pertinaz labor de conservación puede salvaguardar el *aura* de la obra artística pese a su envejecimiento; más no es el caso de los tres óleos de Vermay colgados hace 167 años en *El Templete*, donde estuvieron a mer-

ced de la humedad y los cambios de temperatura, los insectos y los murciélagos que entraban a ese local otrora abandonado, cuyas puertas debieron abrirse de par en par ante el embate de tormentas tropicales como el devastador ciclón de 1926.

Pero más que las mermas y deterioros imputables a la injuria del tiempo, pesan hoy en esos lienzos las secuelas de al menos tres intentos restauradores contraproducentes, que alejaron esos cuadros de su concepción original, sobre todo por la gran cantidad de retoques falsificadores. En ello han coincidido los expertos cubanos que desde abril de este año acometen el rescate de estas obras junto al restaurador francés Pierre Antoine Heritier, quien participa en los momentos cruciales del trabajo gracias a un convenio de colaboración entre los gobiernos de ambos países.

Además de los disolventes idóneos para limpiar esos repintes, Heritier aportará sus conocimientos en materia de reentelado, o sea, la operación de forrar el lienzo original, pegándole detrás una tela nueva de refuerzo. Por el tamaño de las obras y la posibilidad de que se apliquen materiales sintéticos nunca utilizados en Cuba, esta

segunda etapa requiere un análisis exhaustivo antes de su ejecución, consideran los restauradores cubanos en vísperas de concluir la limpieza de *La primera misa* (1826), el más deteriorado de los tres óleos. Este cuadro fue trasladado el pasado 15 de abril a la Casa de la Obra Pía, en cuya planta alta empezó a funcionar desde ese momento el Gabinete de Restauración de Pinturas de Caballete (Oficina del Historiador de la Ciudad).

Sostenido en su propio bastidor, todavía sólido y bien conservado, el lienzo presenta —en cambio— un aspecto bastante deplorable a primera vista: pues abundan orificios, grietas y rajaduras, que atraviesan en algunos casos todo el soporte. Hay lugares en que están perforados los tejidos de reentelado, la pintura original y hasta las sucesivas capas de repintes y barnices.

Bajo la luz rasante, estos y otros daños (ampollas, hundimientos, arrugas ...) resaltan con nítido contraste y obligan a pensar si no es tarde para salvar el cuadro, por no decir ya para recuperar su *aura* perdida. Sin embargo, Ángel Bello, el más veterano del grupo, afirma que ha trabajado casos peores. En su opinión, esta pintura se

encuentra «muy bien», pues casi no hay pérdidas de la imagen verdadera, la cual vienen «sondando» con acierto hasta hoy.

Al igual que los especialistas Rafael Ruiz y Lidia Pombo, así como el técnico Leandro Grillo, Bello es partidario de la «mínima intervención» como filosofía, en el sentido de que sólo debe reintegrarse lo perdido o deteriorado.

También forman parte del equipo franco-cubano, como asistentes, Juan Carlos Bermejo, Yanín Hernández, Laina de la Caridad Rivero y Daymis Hernández, jóvenes egresados del primer curso de oficiales de restauración, que se impartió en la Escuela Taller «Gaspar Melchor de Jovellanos» y concluyó en 1994.

«Somos restauradores muy conservadores», reconoce Rafael Ruiz, responsable del Gabinete, en un juego de palabras que tiene en cuenta el significado de la conservación como el conjunto de cuidados que se prodiga a la obra de arte para evitar al máximo futuras intromisiones en su estructura física. Ya sea por falta de conocimientos, malas condiciones de trabajo o demasiada premura, las restauraciones precedentes de los cuadros de Vermay se alejaron bastante de este filosofema. Incluso la terminada en 1977 por el ya fallecido José Lázaro Zaldívar, quien se centró en el mayor y más afectado de aquel entonces: *La inauguración de El Templete* (1828).

Cuentan que en 1849 los ediles habaneros propusieron sustituir esta obra, al parecer casi derruida, por otra de corte similar, donde estuviesen representados ellos mismos como asistentes a una fiesta de bendición del pequeño monumento. La idea no fructificó, y en 1859 se desprendieron todos los lienzos, que fueron evacuados hacia la Sala del Cabildo para su primera restauración. La segunda se realizó en 1886 por el artista criollo Miguel Melero, y hay referencias sobre otro proyecto similar, presentado a raíz de repararse El Templete luego del ciclón de 1926.

Lo cierto es que el soporte de *La Primera Misa* presenta tres capas superpuestas de lino con ligamentos de



La figura de este niño arrodillado requirió mucho trabajo de limpieza para delimitar sus contornos originales. Además, la pérdida de tejido en la cabeza deberá suplirse con un buen injerto. Finalmente, el rostro del aborigen no ha sido dañado.

tafetán, semejantes a la tela que en un inicio sostenía a la pintura, pero pegadas como bandas o parches aislados sobre el reverso, en lugar de reenlazar el cuadro con una sola pieza, que es lo más conveniente. Adheridos entre sí con cola de origen animal, estos tejidos suelen quebrarse al menor esfuerzo por la oxidación de sus fibras textiles. Los exámenes de laboratorio indicaron, además, una grave contaminación microbiana.

Se analizaron muestras del cuadro con técnicas de fluorescencia de rayos X, microscopía óptica, espectroscopía infrarroja y cromatografía de gases, las cuales revelan información muy útil para comprender la estructura y composición de los recubrimientos, es decir, de la sucesión conformada por la base de preparación, los colores y la capa protectora o barniz.

De este modo se supo que Vermay utilizó albayalde (carbonato de plomo) y poca cantidad de cola para la base de preparación, blanca, muy delgada, con buena adhesividad y solidez. Sobre ella el artista dio las diferentes pinturas que, según el color, varían en su contenido de sustancias químicas. Casi sin ningún empaste, el «hojaldre» pictórico auténtico es tan fino, que se puede observar con facilidad la trama de la tela.

No se sabe si el pintor rubricó este lienzo o si su firma desapareció bajo los repintes oleaginosos y abundantes barnices coloreados que los restauradores precedentes aplicaron encima del original y terminaron sepultándolo, principalmente en zonas de la mitad inferior, más fáciles de intervenir sin descolgar el cuadro. Vistos al microscopio, cortes transversales de

las muestras revelan esas «cáscaras» del lienzo, distinguibles también por un ojo avezado que, con auxilio de un haz de luz incidente, repare en saltos de tonos de color, una mayor opacidad o opacidad de la película pictórica, cambios en los dibujos u otras disimilitudes sospechosas.

En el follaje de la controvertida ceiba, el abundante repintado respondería al intento de disimular los parches colocados sobre las pérdidas y esconder hasta lo «invisible» la mediación del restaurador. Ese criterio obliga muchas veces a sobrepasar los límites del deterioro en aras de extender el nuevo tinte o de emparejar el injerto y la superficie subyacente aplicando la masilla de relleno («estucado») por lo general preparada con carbonato de calcio, aceite y abundante cola.

Los expertos cubanos rechazan rotundamente ese tipo de intervención, entre otras ya caducas, por no decir burdas, que fueron constatadas durante la limpieza profunda del lienzo. Cubrían y rebosaban el original estucos muy viejos, algunos de los más recientes confeccionados con acetato de polivinil. De todos ellos, los endurecidos con acacia y demasiado gruesos contraían la tela, tendían a partirse y provocaban el agrietamiento de la pintura (craqueladuras). «Había parches de tela y cola, cartón y acetato de polivinil, y hasta papel precinta», asegura Lidia Pombo, quien no recuerda haber visto nada parecido en una misma obra durante sus largos años de labor.

Armados de infinita paciencia, los miembros del Gabinete desbrozaron *La Primera Misa* de toda esas infelices añadiduras, a la par que reforzaban con engrudos de harina el reverso del cuadro para evitar que las roturas se prolongaran y se desprendieran fragmentos de la capa pictórica. A falta de instrumentos propios de la profesión, los restauradores echan mano, como siempre, a escalpelos, bis-

turías, agujas de hueso y otros utensilios cortantes o punzantes que sirvan para remover los barnices y repintes cuando hay que renunciar al disolvente químico, so pena de afectar los colores originales.

EL GERMEN PODEROSO

Para ilustrar cuán delicado es desbarnizar y remover retoques, Leandro Grillo rememora una vieja sentencia del oficio: «El disolvente más débil puede producir daños considerables en manos inexpertas». La mejor prueba son los pedazos de este mismo óleo de Vermay, cuya pintura original ha sido «barrida» por la aplicación imprudente de tales reactivos, demasiados energéticos o torpemente manejados durante las restauraciones anteriores.

Sobre la base de los exámenes de laboratorio, se delimitó ahora cuáles disolventes pueden usarse sin poner en peligro los colores legítimos del cuadro, gracias a un juego de fórmulas químicas aportado por Heritier, que los restauradores llaman «paletas», aunque cumple justamente la función



inversa a la tabla utilizada por los pintores.

Pero antes se aplica una «sonda» para comprobar el efecto de la sustancia química elegida, y luego se procede a remover el barniz o el repinte, cuidando siempre de detener la acción cuando haya indicios de que aflora el original. Lentamente, pedacito a pedacito, los restauradores cubanos ejecutan esa ardua depuración, que en obras como *La Última Cena*, de Leonardo Da Vinci, demoró... dieciséis años.

Está previsto que los lienzos de El Templete se restauren en poco más de tres años, pero antes habrá que decidir cuestiones no menos cruciales, como las clases de torro y adhesivo que se emplearán en su reentelado. Aquí tampoco existen recetas universales.

Pierre Antoine Heritier propone una tela sintética de poliéster y una variante de acrílico como pegamento; durante su estancia en La Habana dio inicio a diversas pruebas, una de ellas —por pura coincidencia— sobre un cuadro pintado por Miguel Melero, aquel artista criollo que en 1886 restauró las obras de El Templete.

Desde su país natal, el restaurador galo inquiere por los resultados en cada comunicación que establece con la Casa de la Obra Pía.

10.08.95

«Me fijo que la humedad [relativa] sube hasta casi 80 por ciento. Horrible, ¿no? Puedes mirar el reentelado (...) si se despega más y cómo...»

17.08.95

Los cubanos responden: «El reentelado del Miguel Melero se retira con mucha facilidad, apenas hay que tocarlo. En cuanto a las otras pruebas, la más resistente es la Beva; en segundo lugar la realizada con B500 + 5D15 % (...). Las otras dos pruebas se retiran con facilidad...»

07.09.95

De nuevo Heritier: «Los resultados de la prueba de reentelado no me

sorprenden demasiado y son muy interesantes. Por desgracia parece que nos dirigimos hacia una técnica pesada (¡pero más segura, compañeros!). La segunda mitad de septiembre voy a hacer ensayos de superficie (...) con el Beva...»

29.09.95

La preferencia del francés por este último adhesivo sintético es ya notoria: «Hablamos mucho del trabajo, después de la limpieza y sabemos más o menos el tiempo que puede llevar. Os queda un mes y medio para preparar el niño para el pañuelo (sic) de tela/Beva; me parece estupendo...»

De acuerdo con los restauradores cubanos, lo que se ha usado en la Isla durante más de 30 años es la cera-resina, de probada eficacia para reentelar cuadros con dimensiones análogas a los de El Templete. Ese adhesivo —explican— garantiza la impermeabilidad máxima en las condiciones de humedad y temperatura del trópico, así como resiste el ataque de los microbios, a diferencia de la cola usada antes en los cuadros de Vermay.

El reentelado exige observaciones rigurosas de ejecución para consolidar la pintura; sólo así se considera que la obra ha sido salvada por largo tiempo. «De ahí que haya que pensar muy bien cuáles materiales se escogerán», apuntan los más veteranos del Gabinete, con amplia experiencia en el uso de ambos adhesivos naturales. Por el contrario, los acrílicos propuestos por Heritier nunca han sido utilizados en Cuba a gran escala.

Luego habrá que injertar en los lugares con mayores pérdidas de tejido, estucar el resto de las hendiduras y, por último, retocar el lianzo según criterio aún por definir, pero que respetará siempre el legado de Vermay, aseguran los inquilinos de la Casa de la Obra Pía.

Sólo entonces el aura renovada de *La Primera Misa* podrá evocar aquel instante ya repetible, cuando el pintor francés respiró aliviado ante la anuencia de su mecenas, el obispo Espada. ■



La foto superior muestra un injerto en el follaje de la ceiba, que fue sensiblemente repintado y causó la distorsión de las hojas pintadas por Vermay. Debajo, la cabeza del supuesto Dingo Velázquez presenta una rotura con pérdida de la tela original. Nótese el abundante repinte rojo sobre la banda que cubre el hombro derecho del conquistador.



NOCIÓN Y REFUTACIÓN DEL TIEMPO

por Manuela Nocedo



No importa qué ruta se elija para recorrer los salones del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. Las colecciones del Museo de la Ciudad pasan la prueba del visitante más despistado, sin que por ello pierdan su lógica interna.



Una soberbia columnata enaltece al antiguo Palacio de los Capitanes Generales, la joya arquitectónica más preciada de Cuba colonial. Para ser más cubana, sus dos plantas y entresuelo fueron construidos bajo la dirección del ingeniero habanero Antonio Fernández Trevejos. En ellos se acomodaron desde 1791 el gobierno de Cuba (hasta 1920) y el Ayuntamiento de La Habana (hasta 1967).

Desde el umbral se pueden apreciar ya la estatua de Cristóbal Colón y las arcadas de piedra que forman amplias galerías de circulación en ambas plantas. El pequeño jardín del patio casi no deja ver la escalera del fondo, que sube a la parte del entresuelo donde pueden ser consultados fondos documentales tan valiosos como las actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana, compiladas desde mediados de 1550.

Otra escalera de mármol con balaustres de hierro impone su majestuosidad, que acentúa un piano de concierto en el primer descanso. Por esta vía se llega hasta la planta alta, pero también a la sección del entresuelo que acoge la sala de homenaje permanente a Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964), fundador del Museo y de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Al morir Emilio Roig pasó una tromba burocrática por su oficina y quedaron dispersos sus muebles y libros. A duras penas fueron recuperadas muchas cosas y se pudo salvar, además, su legado espiritual. Para el 11 de diciembre de 1967, el propio Ayuntamiento de La Habana acordaba en sesión solemne cambiar de asiento y consagrar el antiguo Palacio de los Capitanes Generales como Museo de la Ciudad y sede de la Oficina del Historiador.

HISTORIA DE UNA ESCALERA

Unos escalones más arriba y se llega a la galería de circulación de la planta alta, ensalzada por una colección de obras escultóricas, entre ellas los bustos de próceres cubanos cincelados en mármol a principios de este siglo por el artista italiano Luisi Pietrasanta. Desde aquí es posible entrar a la Sala del Cabildo, que se bendijo solemnemente el 23 de diciembre de 1791 y donde el ayuntamiento habanero discutió sus asuntos hasta 1967.

Esta sala encierra hoy preciados tesoros artísticos. Sobresalen las insignias usadas por las máximas autoridades municipales con motivo de grandes ceremonias: dos piezas de plata labradas en 1631 a imitación de las antiguas mazas de combate. Encima de ellas está suspendido el cuadro sin rúbrica que en la iconografía de Cristóbal Colón se identifica como su retrato de La Habana. Lo trajo a Cuba el séptimo duque de Veraguas, el 15 de enero de 1796, junto con las presuntas cenizas del célebre navegante. Una vitrina cercana guarda otras piezas de plata: el crucifijo que se empleó para jurar el cargo durante la colonia y las copas de votación de los regidores, que utilizaron también los delegados a la primera Asamblea Constituyente (1901). Al fondo se destaca un lienzo atribuido al pintor cubano Miguel Melero (1836-1907), que presenta a la reina regente María Cristina con su hijo Alfonso XIII. Esta obra pictórica está flanqueada por los medallones de mármol *El día* y *La noche*, que esculpió en bajorrelieve el artista danés Bartolomé Thorwaldsen (1779-1844).

Desde la intersección de la escalera majestuosa con la galería de circulación de la planta alta, se abre también una enrucijada en el recorrido por los salones del antiguo Palacio.



Galería de circulación de la planta alta



Sala del Cabildo

Esta jarra decorativa de porcelana alemana de Meissen (siglo XVIII) forma parte de un conjunto singularísimo de tres piezas que se exhiben en el Salón Blanco, una de las salas de recibo del antiguo palacio.



La vida en rosa

Por un lado se va a las dependencias de los capitanes generales, donde se exhiben muebles de diversos estilos, valiosas colecciones de porcelanas, miniaturas y otras muchas piezas de abolengo aristocrático cubano o español. Mas no faltan salones repletos de uniformes y estandartes militares, armas blancas y de fuego que señalan lo anterior como bella lejanía, apuntalada por la violencia descarnada.

En las paredes cuelgan obras de la pintura colonial cubana y lienzos de artistas extranjeros. Criollos como Vicente Escobar y peninsulares como el pintor de la Cámara Real, Federico Madrazo; se arremolinan con el belga Henri Cleenewerck; el estadounidense Eliabh Metcalf, el húngaro Ferenc Mejasky... Por supuesto que se formó una colección de retratos de los capitanes generales, encabezados por Felipe Fondesviela (1725-84), marqués de la Torre e iniciador de las obras del palacio, y Luis de las Casas (1745-1800), primer inquilino del edificio. Una diligencia de inventario del cabildo habanero en 1898 registró 39 cuadros, algunos de ellos catalogados de notables, como el retrato de Leopoldo O'Donnell (1809-67).



EL SALÓN DE LOS ESPEJOS ha sido escenario de acontecimientos trascendentales, como el cese oficial de la dominación española en el Nuevo Mundo y la proclamación formal de la República de Cuba.

Faltaba un cuarto de hora para el mediodía del primero de enero de 1899, cuando llegaron las autoridades interventoras de los Estados Unidos. Fueron recibidos por el capitán general Adolfo Jiménez Castellanos y su Estado Mayor. La mitad del salón estaba ocupada por militares norteamericanos y la otra por sus homólogos españoles. Al sonar las doce, una salva de veintidós cañonazos saludó el descenso de la enseña hispana y después fue izada con iguales honores la bandera estadounidense. Tras el cambio de poderes, Jiménez Castellanos sólo pudo decir con voz temblorosa: «Señores, me he encontrado en más combates que pelos tengo en la cabeza, nunca en ellos desmayó mi espíritu; pero hoy, ya no puedo más... ¡Adiós, señores!» Y salió con paso precipitado hacia el muelle de la Capitanía del Puerto.

El 20 de mayo de 1902 concurrieron a la Plaza de Armas varias compañías del Cuerpo de Artillería cubano y del Séptimo Regimiento de Caballería estadounidense, las cuales se ubicaron frente al antiguo Palacio de los Capitanes Generales. Dentro se hallaban el gobernador norteamericano Leonardo Wood y Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador. Luego llegó el presidente electo de la República de Cuba, Tomás Estrada Palma. Al filo del mediodía quedó formalizado el traspaso de poderes. La enseña de barras y estrellas fue entonces remplazada por la bandera de la estrella solitaria, entre los vítores del pueblo y el tronar de las armas de fuego. Pero Wood había dejado bien claro que la República nacía mediatizada por la Enmienda Platt.

Cuentan que la esposa de este gobernador (conde de Lucena) quedó sorprendida por la modestia con que vestían las damas habaneras y su aparente indiferencia hacia las joyas. En España había oído hablar mucho del lujo criollo; ya en la Isla, no pudo menos que objetar: de dinero y calidad, la mitad de la mitad. Sin embargo, cuando el gobernador invitó a un baile de trajes en el palacio, las mujeres de la aristocracia criolla, enteradas del socorrido refrán de la señora O'Donnell, tomaron la ocasión por los cabellos para darle un buen escarmiento.

Aquello fue como el baile de Cenicienta. La señora de Aldama vistió de terciopelo negro, adornado con ciento cincuenta mil pesos en brillantes, para representar a la Noche; la condesa de Fernandina cargó con más de sesenta mil pesos en pedrería, y el resto de las criollas reyoyas abrumó también con su fausto a la generala, quien no pudo hacer los honores de la fiesta palatina por no se sabe qué indisposición repentina...

En el verano de 1893 vino la infanta Eulalia de Borbón, quien con mucho más tino pudo incluso descifrar las claves primordiales de la sociedad cubana: «Detrás de las atenciones, de la gentileza y de la afabilidad características del habanero (...) vi que, en Cuba, nuestra causa estaba perdida definitivamente».



LO ÚLTIMO QUE ESCRIBIÓ EL PADRE DE LA PATRIA

«Abrazando ahora en conjunto á todos estos Lejisladores, me permito asegurando q. ninguno sabe lo q. es Ley.»

Así reza la última nota del diario de Carlos Manuel de Céspedes, fechada el viernes 27 de febrero de 1874 y referida a varios miembros de la Cámara de Representantes, el cuerpo legislativo que lo depuso el 27 de octubre de 1873 como Presidente de la República de Cuba en Armas.

Uno de esos textos sagrados de la nación cubana, que ve la luz por primera vez con ensayo introductorio de Eusebio Leal Spengler.

SOLICÍTALO A: Oficina del Historiador, Tacón No. 1, entre Obispo y O'Reilly, Habana Vieja. Código postal 10100. Teléfonos: (537) 61-2976 y 61-5062. Fax: 33-8183.

En la manigua cubana solían emplearse como vasijas jícaras de cualquier material. Ésta se hizo de cuerno y perteneció al general mambí de origen canadiense William Ryan (1842-73), quien fuera fusilado en Santiago de Cuba junto con el coronel Pedro de Céspedes (1825-73), hermano de Carlos Manuel, y otros expedicionarios del vapor *Virginus*.



Hombres sin tiempo

Por el otro lado de la galería de la planta alta se llega primero a un saloncito donde, en torno al reloj de bolsillo del presbítero habanero Félix Varela (1788-1853), están ordenados retratos al óleo de pensadores que abogaron por Cuba en tres formas políticas encontradas: independencia nacional, reformas con España y anexión a los Estados Unidos. Entre ellos el propio Varela, quien dio la primera formulación doctrinal del independentismo; el eminente sociólogo reformista José Antonio Saco (1797-1879) y el general de origen venezolano Narciso López (1798-1851), que puso su espada al servicio de la corriente anexionista.

Viene después una larga sala que muestra cómo esa situación de alternativas históricas se resolvió con el grito de guerra «Patria y Libertad». Los cuadros de grandes cubanos se agrupan ahora por el orden en que tomaron las armas: orientales (10 de octubre de 1868), camagüeyanos (4 de noviembre) y villareños (6 de febrero de 1869).

Allí se exhibe también el armamento disímil con que enfrentaron al ejército colonialista, así como la curiosa utilería empleada para sobrellevar la vida cotidiana en el áspero escenario de la manigua. Llama la atención un cañón confeccionado en 1869 por el teniente villareño Luis Martínez con tiras de cuero tejidas. Esta pieza singular tiene poco más de un metro de largo y unos quince kilogramos de peso; su alcance efectivo rondaba los 300 metros. Se cargaba con cuanto pudiera servir de metralla, incluyendo piedras, y utilizaba pólvora negra como explosivo. Fue ocupada por el ejército español en 1873 y devuelta a Cuba en 1928 como prueba de cordialidad.

Al fondo está la Sala de las Banderas, que en su primera sección conserva la enseña nacional izada por vez primera en suelo patrio (19 de mayo de 1850) junto con el estandarte enarbolado el 10 de octubre de 1868 por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes (1819-74). En amplio testero se alinean, de arriba hacia abajo, los retratos al óleo de los generales que repudiaron la paz sin independencia del Pacto del Zanjón (10 de febrero de 1878) y de los hombres de otras partes que vinieron a luchar por Cuba libre. Aquellos están presididos por el mayor general Antonio Maceo (1845-96) y éstos por el Generalísimo Máximo Gómez (1836-1905). Tras el episodio libertario conocido por la Guerra Chiquita (1879-80), ambos asumirían la dirección militar de la Guerra de Independencia (1895-98).

Armas y otras pertenencias de Gómez, Maceo y Céspedes pueden ser apreciadas en la segunda sección de esta sala, bajo la sorprendente colección de banderas cubanas pendientes del techo. Unas fueron desplegadas en batallas memorables; otras ondearon en actos cívicos trascendentales o presidieron asociaciones patrióticas en el exterior. Aquí se encuentran también dos lienzos admirables del pintor cubano Armando Menocal (1863-1942): el retrato del Apóstol de la Patria, José Martí (1853-95), y el cuadro representativo de la caída en combate de Antonio Maceo, que casi cubre el fondo de la sala.



Cañón de cuero

Por una de las puertas laterales se retorna a la galería de la planta alta y queda enseguida aclarado el desenlace de la última guerra contra el coloniaje español. Las salas contiguas que responden a los nombres de Intervención Norteamericana y República, explican de manera casi didáctica cómo se frustró la idea martiana de liberación nacional.

Los Estados Unidos de América se entrometen en el conflicto cubano-español, so pretexto de la voladura del crucero acorazado *Maine* (15 de febrero de 1898). Esta catástrofe prosigue suscitando dudas e interpretaciones contrarias a medida que se aproxima su centenario. En 1911 la Marina estadounidense ratificó que había estallado una mina colocada debajo del buque; los restos del *Maine* fueron remolcados entonces hasta alta mar, dinamitados allí y hundidos para siempre.

Los norteamericanos doblegan a España en la guerra de 1898 y retienen como botín del vencedor a las islas de Guam, Filipinas, Puerto Rico y Cuba. Luego arrojan la nación cubana con el traje republicano, y la colonia prosigue viviendo en sucesivos conatos de Estado hasta que el triunfo revolucionario del primero de enero de 1959 rescata el ideal democrático de José Martí.

La Sala de la República evoca ante todo el derrumbe del viejo orden. Alrededor de una silla presidencial se arremolinan mármoles rotos, que antes presentaron en las plazas públicas las efigies de los mandatarios de turno. Sobre este montón penden cinco banderas norteamericanas de los tiempos de la primera (1899-1902) y segunda (1906-09) intervenciones, con sus astas partidas. Y quedan al centro los restos del águila imperial fundida con los broncees del *Maine* y derribada de su pedestal por el pueblo cubano tras la victoria de Playa Girón (19 de abril de 1961).



Restos del *Maine* (1898)
S.A. Cohner
Museo de la Ciudad

OTRAS ESCALERAS POSIBLES

Así termina esta exposición, pero no se agotan las visiones históricas del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. De la amplia galería en la planta alta se podría bajar por una sencilla escalera de servicios a la parte del entresuelo donde están las salas de Metalurgia, Cementerio de Espada, y Estatuaria y Lapidaria Habaneras. Para tomar después otra escalera, que parece como vigilada por la primera estatua de bronce fundida en La Habana: *La giraldirilla* (ca. 1630), y regresar a la planta baja.

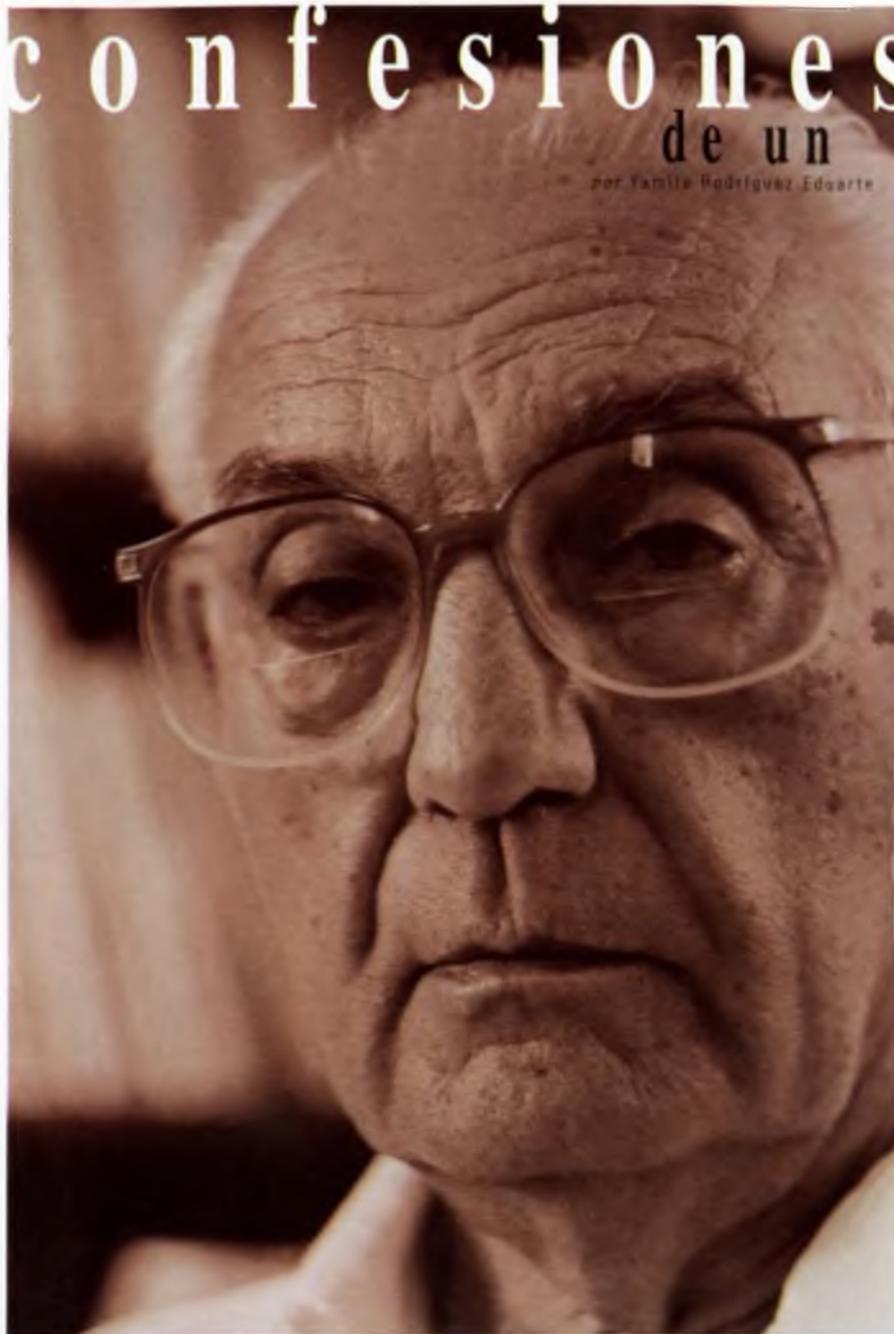
En este lado estaban las cocheras, que forman hoy una sala dedicada al transporte; en el otro pueden ser apreciadas las reliquias de la sala conmemorativa de la Parroquial Mayor, o las bóvedas que todavía dan pábulo a la leyenda de una Habana subterránea. Y admirar de nuevo el patio claustal proporcionaría acaso el sosiego indispensable para convencerse de que sin un espejo fiel de lo pasado, la historia es tiempo perdido y no puede cumplir aquella misión enunciada por Tácito: que ninguna acción valiosa deje de ser loada, pero que también quede asegurada la actitud reprobatoria de la posteridad contra las palabras y los hechos malévolos. ■



confesiones

de un pastor

por Familia Rodríguez Eduarte



La teología protestante no admite la confesión como acto de culto, pero nada impide que Rafael Cepeda Clemente (Cabaiguán, 1918) confiese algunas intimidades como acto de comunicación. Este hombre pequeño lleva espejuelos para ver donde termina la luz natural y empieza Dios, a quien ha dedicado más de 60 años de fervor y estudio. Está considerado como el más importante investigador histórico del protestantismo en la Isla y es Presidente de Honor del Consejo de Iglesias de Cuba.

¿cómo debe ser definida la religión: por la presencia de atributos específicos o por lo que representa funcionalmente para comunidades e individuos? ¿Es toda religión intrínsecamente teísta o puede no estar fundada en deidad alguna?

El vocablo religión, tan llevado y traído desde hace siglos, tuvo desde el inicio problemas semánticos. En las Sagradas Escrituras aparece dos veces: vinculado al culto o programa de adoración y adscrito a una función social. Cicerón lo hacía derivar de *relegere* (volver a leer), en tanto que San Agustín lo inscribe como *religare* (volver a ligar). El primero se refería a quienes querían cumplir fielmente todos los actos del culto (y por ello los releían cuidadosamente); el segundo prefirió asociarlo con la obra de redención efectuada por Jesucristo (que restablece la relación del hombre con Dios, quebrantada por el pecado).

Según el teólogo checo Joseph Hromádka, es posible entender la religión como cualquier esfuerzo por encontrar respuesta a necesidades o angustias espirituales. Y esto lleva a que cualquier persona pueda inventar una religión, lo cual ocurre diariamente. No sucede así en la teología cristiana, donde Dios toma la iniciativa, y el hombre responde o no a la acción amorosa de Dios. No sólo responde diría yo sino que también se compromete de por vida a cumplir un programa ético que Dios demanda. Por ello es mucho más que una religión y se convierte en fe, porque es la razón de ser de todo humano que se entrega sin reservas, en respuesta a lo que Dios ha hecho por él o ella en la persona de Jesucristo.

Lo anterior me da pie para decirte que toda religión es intrínsecamente deísta, porque se reconoce que hay una fuerza u objeto superior al ser humano. A este dios desconocido (o demasiado conocido, por visible) se le rinde culto, pero sólo la fe judeocristiana es teísta, porque todo conocimiento de Dios proviene de Dios mismo, quien se revela al hombre en sus proyectos de redención.

¿Y cómo explica la religiosidad «a la cubana», es decir, desligada de las instituciones?

Siempre estuve muy al tanto de lo que llamas «religiosidad a la cubana». Por ella entiendo lo que vi desde niño entre mis vecinos y conocidos en un pueblo pequeño: que nadie quería declararse ateo (como para salvar el pellejo si sobrevenía alguna situación calamitosa) pero tampoco quería comprometerse en una asociación muy íntima con las iglesias. Recuerdo una frase que oí varias veces: «Yo creo en Dios, pero no creo en los curas». Un deísmo despreciativo, que seguramente se aplicaba también al pastor protestante. Sólo se definía claramente un pequeño sector de la población: los que asistían regularmente a las iglesias (católica o protestante), antagonizados por lo institucional en ellas, aunque se suponía que en ambas se adoraba a un mismo Dios.

Una tercera fuerza: los masones, era tenida por creyente, tomando en cuenta la inscripción del frontispicio de la loggia: A la gloria del Gran Arquitecto del Universo. Mas no pasaba de ahí, según deduzco de otra frase que escuchaba repetidamente: «Todos los masones no son sinvergüenzas, pero todos los sinvergüenzas son masones». No recuerdo haber oído entonces tambores de cultos afrocubanos. Quizás actuaban clandestinamente.



Usted planteó que «ningún sistema político es tan bueno como para confundirse con el reino de Dios, y ningún sistema es tan malo como para entorpecer el reino de Dios». ¿Considera que el proyecto social cubano esté bajo la sombra del Altísimo?

Estoy seguro de que la cita es correcta, pero no puedo recordar el tema que la provocó ni dónde fue impresa. Lo que sí recuerdo muy bien eran mis temores de que las alabanzas sin análisis

críticos pudieran tergiversar todo el sentido realista del proceso revolucionario. Muchas veces sostuve que los propósitos eran encomiables, pero los procedimientos erróneos, y ello me costó orillamientos y malquerencias. Mi corazón me dictaba un reconocimiento y un apoyo leal a los sueños de la Revolución.



Recuerdo haber escrito también que si yo (cristiano militante; o mejor, como diría Cintio Vitier, «aprendiz de cristiano») hubiera tenido el poder de decisión y acción, hubiera tratado de lograr las mismas metas que estaba alcanzando la Revolución. Asimismo, que el Dios que presenta la Biblia (el Dios único admitido por el pensamiento judeocristiano) obra también en una situación límite, endereza lo tortuoso y conduce a un pueblo a su bienestar perenne, por encima de todos los errores y las falibilidades de los hombres.

Creo que estos pensamientos dieron pie a la frase que citas. Sólo quiero añadir que en términos teológicos actuales se prefiere traducir *basileia* como reinado de Dios, porque el vocablo reino tiene una apariencia institucional y un sabor temporizado (de fecha fija) que no encaja en la afirmada y reafirmada sabiduría y soberanía de Dios.

Cuando nacionalizan la enseñanza, usted publicó en la revista Heraldo Cristiano (La Habana) una serie de artículos «tratando de encontrar y divulgar las raíces históricas y teológicas que ayudaran a la permanencia en Cuba y a la permanencia en la fe». ¿Qué otras razones tuvo para ello?

Hay que juzgar los hechos históricos no sólo como *cronos*, sino también

como *kairos*, es decir, como expresión ocasional de acontecimientos que gravan y conmocionan la vida normal. La pérdida de las escuelas parroquiales (típicas del protestantismo) constituyó un duro golpe para las iglesias, pero esta determinación vino acompañada (a sólo quince días de distancia) por una declaración oficial de opción ideológica marxista, con su correspondiente carga de ateísmo, en el contexto de una invasión mercenaria y la pérdida de muchas vidas.

Un año antes (julio de 1960) yo había publicado en *Bohemia* el artículo «Fidel Castro y el Reino de Dios», que



« Por el momento se habla de un vacío espiritual generalizado y de una búsqueda de la verdad dondequiera que ésta se encuentre. Hay una avidez extraordinaria por leer y entender la Biblia...»

fue el primer intento (sólo en lo que a fecha se refiere) por interpretar la Revolución cubana desde una perspectiva teológica. Entre los hermanos de las iglesias hubo reacciones muy diversas, la mayoría antagónicas, por mi reconocimiento de la Revolución y de su líder. Al sobrevenir lo inesperado en 1961, me sentía responsable de analizarlo y enjuiciarlo: por ello escribí la serie de trabajos a los que te refieres.

En su notable labor como crítico e investigador histórico y literario, ¿ha reflexionado acerca de por qué la literatura cubana es eminentemente secular? Incluso los autores con militancia religiosa han prescindido de temas confesionales.

Los intelectuales y escritores de militancia cristiana han sido escasísimos en Cuba. Quizás sucede que no todos han sido conocidos y reconocidos como tales, o que no han asociado —quién sabe por qué— su fe a su obra. Yo digo como el apóstol Pablo: «No me avergüenzo del Evangelio», pero a la vez creo que tampoco por el hecho de ser creyente hay que menospreciar la secularidad para enclaustrarse en temas y dichos religiosos, desconociendo el mundo que no está en los templos. La visión cristiana es exactamente lo opuesto: una constante presencia en el mundo tal como es, en actitud de honesta mundidad, que no tiene que ser necesariamente mundanalidad.

Su personaje histórico favorito es Manuel Sanguily, a quien le ha dedicado dos libros: *La múltiple voz de Manuel Sanguily* (La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1988) y *Manuel Sanguily frente a la dominación yanqui* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986). ¿Por qué?

Mi personaje histórico favorito es José Martí, a quien y sobre quien leí fervorosamente desde niño, y al cual estudio con pasión nunca disminuida. Prueba de ello son mis artículos en la revista *Santiago* (Santiago de Cuba) y el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (La Habana), además de las conferencias en iglesias y encuentros ecuménicos, tanto en Cuba como fuera de ella, que no han ido a imprenta. So-

bre todo me parece importante (por el tema, no por el autor) mi libro *Lo ético-cristiano en la obra de José Martí* (San José de Costa Rica, 1994), que ha tenido buena acogida y fue prologado por mis queridos y admirados Cintio Vitier y Fina García Marruz. ¿Me permites aquí cierta publicidad comercial? Esta obra será reeditada en Cuba por la imprenta Augusto Cotto, de Matanzas.

Entregué al Centro Martin Luther King otro pequeño libro: *José Martí: la verdad sobre los Estados Unidos*, que ya está en proceso de edición; y ahora escribo sobre un tema fascinante: el concepto de la muerte en Martí, contrastado al pensamiento de Unamuno y Machado en torno al mismo tema. Probablemente lo titule *Muerte amiga*, que es una expresión martiana. Pero he incursionado en otros estudios, tanto teológicos como puramente históricos. Entre estos últimos están los dos que mencionas sobre Manuel Sanguily, así como uno que no puedes mencionar, porque desde hace tres años está pendiente de publicación en la Editorial de Ciencias Sociales: la biografía del general y doctor Eusebio Hernández (se intitula *Un hombre entero*), muy distinto por cierto a los generales y doctores descritos por el novelista Carlos Loveira.

¿Qué noción tiene de las circunstancias concretas de la caída en combate de José Martí? ¿Buscó él mismo la muerte, creyéndola un deber, o pereció como consecuencia indeseada de la acción de Dos Ríos?

El libro en que estoy trabajando (mi modesta contribución al centenario) se sustenta en la correspondencia de Martí a partir de 1892 y pretende llevar al lector que el Apóstol tenía la certeza de que habría de morir por Cuba, es decir, en asociación con sus esfuerzos por liberarla. Pero esto no significa de modo alguno búsqueda de la muerte, sino convicción de que la muerte era un deber, que rubricaría toda su vida y su obra. Sólo por su muerte —como efectivamente ocurrió el 19 de mayo de 1895 en Dos Ríos— los indiferentes, los dudosos y los críticos podrían saber cuánta era su honestidad y cuánta limpieza había en su empeño liberador.

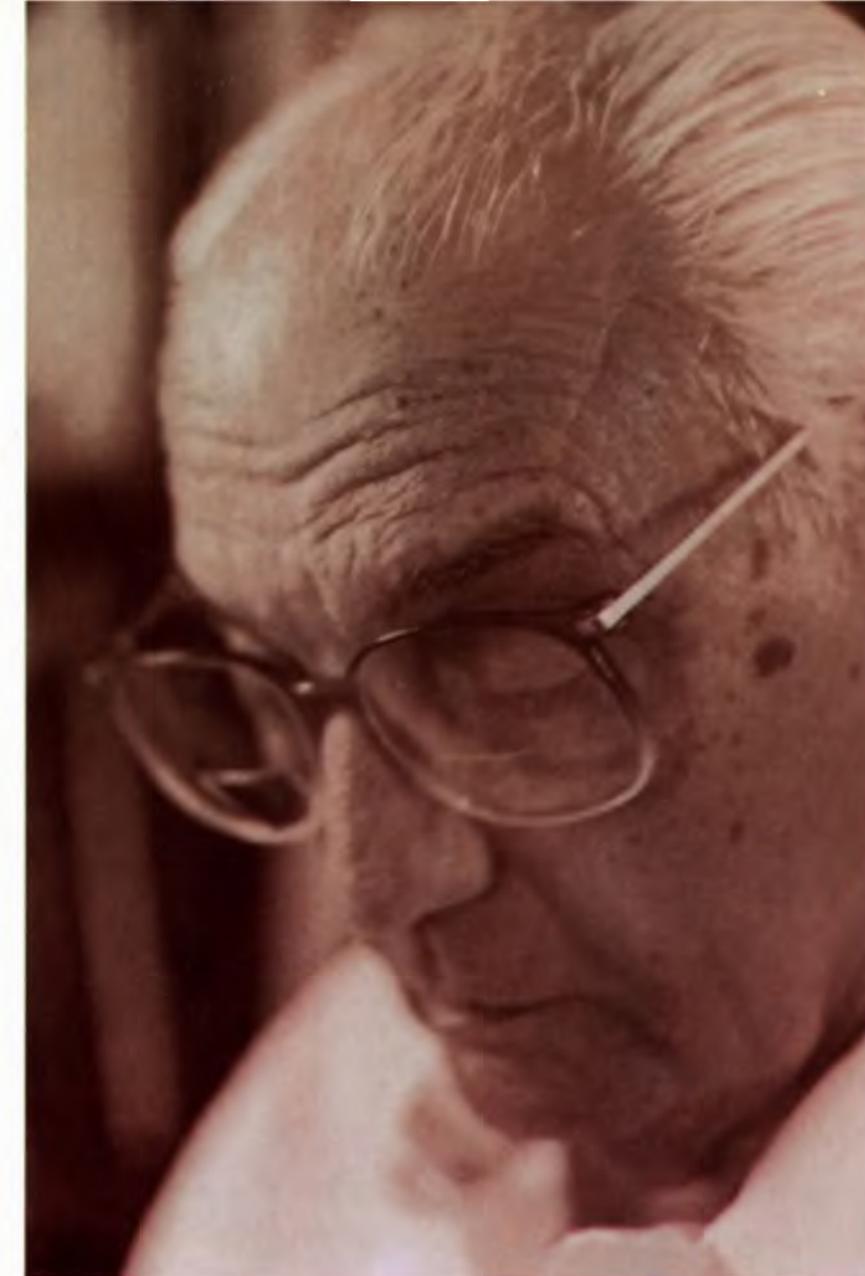
¿Le flaqueó a usted alguna vez la fe, tanto como para exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado»? ¿Y qué me dice de los que ahora súbita y circunstancialmente tienen fe y vuelven al Señor?

En última instancia, lo que flaquea es la natural fragilidad humana, pero la fe, si viene de Dios, y está perfeccionada en la obra de Jesucristo, es permanente. Mas no es cuestión ahora de aprovechar la ocasión —como pastor jubilado— para predicarte un sermón. Vamos al análisis sociológico.

Lo que ha ocurrido en Cuba, con la gente afluyendo por olcadas a las iglesias, es sorprendente. Por el momento se habla de un vacío espiritual generalizado y de una búsqueda de la verdad dondequiera que ésta se encuentre. Hay una avidez extraordinaria por leer y entender la Biblia, en medio de una crítica situación económica, de reajuste social e ideológico, de revisión de valores éticos, de resistencia tenaz, de lucha por la supervivencia... En todo esto puede haber, claro está, falsedades y peligros. Hay probablemente quienes desean pescar en río revuelto y ven en las iglesias un ambiente aprovechable; también habrá iglesias que pretenden dar un carácter triunfalista, de simple número, a sus proyectos de evangelización. Pero yo estoy confiando en el Dios que añade a la Iglesia (según se dice de la Iglesia Primitiva en Los Hechos de los Apóstoles) y en la gente honesta de las instituciones eclesíásticas con capacidad de prever, vigilar y denunciar todo intento de teatralidades y supercherías.

Después de tantos años de consagración al ministerio de las Sagradas Escrituras, ¿desea usted que se le recuerde con aquellas palabras de San Pedro al centurión Cornelio, cuando para explicar quién era Jesús sólo dijo: «Pasó haciendo el bien»?

Tu pregunta es tan personal que quizás debiera pasarla por alto, ya que se presta a justificaciones y autoalabanzas. Sin embargo, la cita que haces de Jesús se usa tan poco que llama mi atención y me provoca comentarla, pues representa un vuelco en los primeros creyentes.



En una relectura del capítulo X de Los Hechos encuentro que Pedro no sólo dijo la bella frase que refieres, sino que habló también de la obra total de redención efectuada por Jesucristo, en la cual pueden participar todos los humanos, sin ataduras excluyentes por razones étnicas o de cualquier otro tipo. Desde esa perspectiva sí estoy dispuesto a aceptar la frase de Pedro que me sugieres para mi *post-mortem*, pero con una modificación: «Pasó tratando de hacer el bien». No estoy exento de las falibilidades humanas, y pudieran señalarse en mí muchos errores de pensamiento y proceder. Sin embargo, pienso que es decoroso reconocer en mí una apertura sostenida —partiendo de mi fe— hacia todos los intentos (ven-



«...no he encontrado hasta hoy voluntad de escucha cuando he procurado explicarme.»

gan de donde vengan) que procuran la libertad política, la justicia económica y la igualdad social.

En muchas ocasiones usted ha expresado su apoyo a la Revolución Cubana. ¿Cómo podría explicarlo, teniendo en cuenta su ubicación teológica y las opciones del proceso revolucionario?

Aunque siempre he sido muy respetuoso con quienes mantienen una actitud contraria o indiferente hacia la Revolución (aun cuando muchos de ellos me han atacado y vilipendiado en Cuba y fuera de Cuba), no he encontrado hasta hoy voluntad de escucha cuando he procurado explicarme. Ojalá que esta oportunidad que me ofreces tenga mejor respuesta.

Yo parto de dos vertientes: mi fe cristiana, establecida bíblicamente tanto en principios como en conducta; y el proyecto revolucionario cubano. De lo primero ya hemos hablado. De lo segundo quiero decirte que se inicia con el indio Hauey y su rebeldía, pero más específicamente en su percepción teológica: Dios no puede estar en el mismo cielo donde van a estar los que achicharran a gentes que viven donde tienen derecho a vivir. De otra forma: el cielo del más allá corresponde solamente a los que han hecho un cielo de bienandanzas para todos aquí, en la tierra en que moran.

A quien me diga que eso es pura especulación, le digo que Miguel Velázquez, hijo de india y español conquistador, sacerdote cubano, vio muy claro cuando escribió: «¡Triste tierra, tiranizada por los señorías!». Si todavía no es suficiente, lo invito a que se sitúe a comienzos del siglo XIX y observe la palabra y la conducta de Félix Varela, sacerdote cubano, quien fue el primero en invitar a la rebelión independentista por medio de las armas, sin intervención extranjera alguna.

Martí nos enseñó que sólo se puede llamar Revolución a lo que surge de las raíces entrañadas del pueblo mismo, donde todo el pueblo participa y todo el pueblo se beneficia. La última guerra de liberación conquistó lo que todas las rebeldías y guerras anteriores trataron de lograr: el poder. Y eso le ha dado

otra dimensión. Precisamente porque los cubanos somos también criaturas humanas (sujetas a errores, distorsiones y desvíos como en cualquier otro pueblo), se pueden desglosar innumerables ocasiones en que los yerros, contaminaciones, vicios, ambiciones políticas e intereses personales han estado a punto de detener el proceso revolucionario.

¿Cree entonces que Lezama Lima escogió bien entre las sentencias de los Evangelios, cuando invocó al ángel de la jiribilla y optó por aquella de «llevamos un tesoro en vasos de barro»?

La indomable virtud patriótica de la mayoría ha determinado que el proyecto de Varela, Céspedes y Martí continúe en la presente fase de la Revolución. Sólo que, junto con las positivas conquistas, es preciso señalar errores muy serios, como son el desorden administrativo, el despilfarro, la indisciplina en el cumplimiento de los deberes elementales, las rígidas imposiciones de la verticalidad, la ausencia de planes que mantenga un amor patriótico entrañado y un estilo de vida que responda a parámetros ético-cristianos, principalmente entre niños y jóvenes.

No es conveniente ocultar esas verdades, y sí es oportuno recordarlas alguna que otra vez, para no incurrir en los mismos errores. Al mismo tiempo, reconocemos que Cuba ha dado una lección de principios incommovibles, de confianza en el pueblo trabajador, de filiación honesta con las mejores causas.

Sigo confiando en que todas las iglesias cristianas de Cuba —incluyendo a las más discrepantes— reconozcan que nuestro deber es servir a todo este pueblo cubano (en medio de sus crisis y desconciertos) con la palabra que sólo nosotros poseemos: la que jamás se abate, la que se envuelve en la bandera de la esperanza, la fe y el amor, la del Dios viviente en la persona de Jesucristo, aquél a quien Martí llamó «patriota de fuego ardiente». ■

EL PEREGRINO INMÓVIL

por Armando Chávez Rivero

Quizás José Lezama Lima (1910-1976) se burlaba también —con su conocida irreverencia— de quienes tanto añoran viajar o lo hacen sin tanto provecho como él, que sólo necesitó libros como catalejo y como alfombra mágica, un sillón.

Cuentan que el autor de *Paradiso* (La Habana, 1966) le describió a un intelectual italiano la bahía de Nápoles y el Vesubio respunteado de luces en medio de la noche, con tan asombrosa minuciosidad e intensa atmósfera evocadora, que el visitante creyó en un recorrido del escritor cubano por esos lugares. Similares visitas solía hacer a otros lejanos puntos en el espacio y el tiempo, aunque sólo por lecturas llegó a ellos.

A Lezama la obsesión de la muerte de su padre durante un viaje al exterior le turbó todos sus días y le impidió abandonar su ciudad natal. «Todo cambio es diabólico», afirmaba cuando le hablaban de viajar o mudarse.

«No necesito salir de mi casa para estar en el lugar que quiera, cuando yo quiera», declaró. «Con sólo cerrar los ojos puedo revivir la corte de Luis XIV y situarme al lado del Rey Sol, oír misa de domingo junto a Colón en víspera de su viaje a América, ver a Catalina, la Grande, paseando por las márgenes del Volga congelado, o trasladarme al Polo Norte y asistir al parto de una esquimal que después se comerá la placenta».

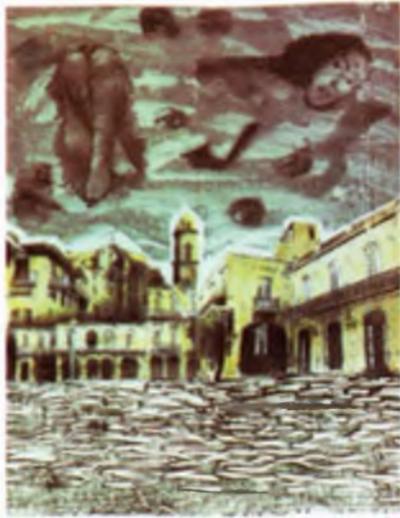


Cortesía de la Casa de José Ledezma Lima

Sin embargo, realizó dos viajes fugaces al exterior en su vida, uno a México (1949) y otro a Jamaica (1950). En Cuba sus salidas se limitaron a Santa Clara, en el centro de la Isla, donde fue a impartir un curso, pero luego de un espantoso ataque de asma y la compañía de las criaturas diabólicas de su imaginación durante la primera noche, regresó al resguardo de su hogar al día siguiente.

El último de sus viajes, una semana que compartió en el valle de Viñales con una familia amiga, tuvo un saldo de felicidad que trascendió a una teoría cromático-palatal, elaborada a partir de los placeres de la mesa disfrutados junto al paisaje, el cual, según el autor de «La balada del turrón» (*Diario de la Marina*, 15 de enero de 1955), tenía una gradación del verde que le estimulaba las papilas gustativas.





Las imágenes en colores de este artículo pertenecen a la serie *Ciudades utópicas*, del artista independiente Omar Cardosa (La Habana, 1964). En portada aparece un detalle de la pieza *Litoral mirando al sudeste* (técnica mixta sobre lienzo, 150 x 100 cm).

Lezama, quien se autodenominaba «el peregrino inmóvil», declaró que el viaje es apenas un movimiento de la imaginación: «El viaje es reconocer, reconocerse, es la pérdida de la niñez y la admisión de la madurez. Goethe y Proust, esos hombres de inmensa diversidad, no viajaron casi nunca. La *imagen* era su navío. Yo también: casi nunca he salido de La Habana. Admito dos razones: a cada salida empeoraban mis bronquios; y además, en el centro de todo viaje ha flotado siempre el recuerdo de la muerte de mi padre. Gide ha dicho que toda travesía es un pregusto de la muerte, una anticipación del fin. Yo no viajo; por eso resucito».

A quien escribió *Dador* (La Habana, 1960) le aterrizzaba «estar separado de la eternidad por la delgada lámina de metal» de naves aéreas o ascensores, temores que nunca ocultó y de los cuales siempre se burló con disímiles razones.

LOS TEXTOS Y LA CIUDAD

La Habana fue el espacio en que desarrolló su vida y el cual tomó como escenario para la más controvertida y memorable de sus novelas, construida con sus vivencias y las de su familia. José Cemí, el protagonista, suele recorrer los mismos lugares frecuentados por el escritor.

Pero las descripciones de Lezama sobre La Habana están más centradas en las costumbres, visitas ilustres, tipos y situaciones cotidianas, que en la arquitectura y paisaje de la ciudad. Paradoja grande, pues las calles, iglesias, plazas y recovecos habaneros son un gran tema y, en muchas ocasiones, una obsesión para los intelectuales de la Isla, como Alejo Carpentier, quien luego de recorrer el nuevo y el viejo continente se detuvo maravillado ante la ciudad de las columnas.

Queda constancia que en crónicas periodísticas —casi un centenar dedicadas a La Habana—, obras literarias y encuentros con amigos, Lezama penetró con aguda visión algunos de los espacios de la ciudad. Julio Cortázar, por ejemplo, rememoró que el autor de *Opiano Licario* (La Habana, 1977) le

reveló uno a uno todos los secretos de La Catedral, con una magia que mezclaba «la Notre Dame de Víctor Hugo, las abadías cistercienses y la fiebre del barroco americano, en un concilio prodigioso de santos, filósofos, místicos y alquimistas...»

A otro amigo, vecino del más famoso templo habanero, le recomendó contemplar el edificio de perfil para captar el oleaje de sucesión del barroco. «Es un masaje para la retina», aseguraba.

Como el mismo Lezama se lamentó de no poder recorrer La Habana junto a su admirado poeta cubano Julián del Casal, ahora el reproche se repite dirigido a él, a menos que algún texto hasta hoy desconocido nos permita un día sentir su compañía en las mismas calles que recorrió por mero placer o a fin de ahorrar dinero para la edición de sus obras y las revistas que lideró.

Dos décadas después que se postrara en sillón, donde logró muchas de las páginas trascendentales de la literatura hispanoamericana, intentamos recuperar el punto habanero desde el cual ejerció vehementemente la ubicuidad.



EL GORDO DE TROCADERO

En Trocadero 162, a las puertas del Centro Histórico de La Habana, vivió Lezama casi todos sus días, rodeado por algunos personajes de sus libros, como Baldomera, la sirvienta en *Paradiso* y en la realidad, o sus padres, con los cuales conversaba y consultaba toda decisión trascendente, aun después de muertos.

El mismo apego empecinado que mostró por la ciudad y la Isla. lo extendió hasta la pequeña casa humilde, ubicada en los bajos de un edificio de tres plantas, flanqueado por columnas salomónicas que aún hoy facilitan la identificación del inmueble, lo más célebre de un barrio donde coincidían plomeros, panaderos, mecánicos, carpinteros y las prostitutas ocupaban un lugar preponderante. «No más Trocadero. Debe llamarse Calle de los Oficios», afirmó.

Los que visitaron su casa la describen húmeda y «oscura como una pecera o gruta marina. Los muebles demasiado grandes, como pertenecientes a una casa mayor y a un perdido bienestar familiar». En las paredes,

obras de los más importantes artistas cubanos contemporáneos con el escritor, entre ellos Mariano Rodríguez, Carlos Enríquez, Víctor Manuel, Aristides Fernández y Jorge Arche.

Un amplio sillón, una mesita y antigüedades —que solía comprar con tanta fruición como sus libros— sobresalían en la sala, en la cual las semblanzas se detienen por su humildad y por ser el escenario principal de muchos de los encuentros, que tenían el ritmo de la pronunciación asmática de Lezama, los ruidos de la calle y los saludos de vecinos al pasar.

En el resto de la casa, colecciones de cerámicas, maderas y porcelanas; grabados chinos y japonés; retratos de sus padres, Martí y Góngora; juguetes, tallas. Pero sobre todo libros, los cuales llegaron a sobrepasar los diez mil volúmenes, en estantes, armarios, rincones y desafiando la gravedad en altas columnas.

También en su estudio, una habitación pequeña, situada cerca de la cocina, y cuyas puertas comunicaban con un dormitorio, el comedor y un cuarto de desahogo, recibió a sus amigos y trabajó hasta que la muerte de su madre, según explicó, tornó el recinto demasiado silencioso y sombrío.

Durante esos años de juventud, solía caminar por las calles cercanas a su casa en busca de novedades editoriales, sobre todo en la librería La Victoria, ya desaparecida, un establecimiento pequeño en cuya trastienda, según relató Eliseo Diego, se reunía risueño y mordaz con intelectuales jóvenes.

En las inmediaciones estaban muchos de los cafés y restaurantes que frecuentó para saciar su voracidad por la comida y el paseo inteligente, como llamó a sus conversaciones sobre literatura. Vías casi obligadas para llegar a esos lugares eran las estrechas y coloniales Obispo y O'Reilly: «Esas dos calles fueron siempre sus preferidas; en realidad, son una sola en dos tiempos: una para ir a la bahía y otra para volver a internarse en la ciudad...», escribió sobre ellas el protagonista de *Paradiso*.

«Esas calles tienen algo de barajas. Constituyen una de las maravillas del



mundo. Raro era el día en que Cemí no las transcurría, extendiéndose por sus prolongaciones...» Lezama agrupaba entonces en su descripción los lugares donde aún hoy lo recuerdan quienes conocieron su imponente silueta: la Plaza de La Catedral, la Plaza de Armas y el Palacio de los Capitanes Generales, El Templete, la Plaza de San Francisco de Asís, los embarcaderos de La Cabaña, Regla y Casablanca...

Durante la década del sesenta sus vicisitudes de la ciudad fueron deteriorándose. Sólo caminaba los veintiséis metros de largo de su casa, cuando le faltaba el aire. Ni las prescripciones médicas pudieron convencerlo de darle una vuelta a la manzana para facilitar a los pulmones la difícil tarea de sostener un cuerpo de más de 300 libras.

Se cumplió literalmente uno de los apelativos por los cuales amigos y enemigos lo llamaron alguna vez: el gordo de Trocadero. En las calles de la ciudad, donde se le admiraba y envidiaba con la misma intensidad, uno de los más grandes escritores de este siglo acentuaba su inmovilidad física porque le apenaba exhibir su gordura.

Sin embargo, con una letra menuda, apretada y difícil, llamada por algunos diabólica, o con una charla laberíntica y barroca, Lezama continuó creando sus propias vivencias de viajes, para llenar páginas y horas memorables, pero, quizás también para, con su conocida irreverencia, burlarse de quienes añoran viajar o de quienes lo hacen sin tanto provecho como él, que sólo necesitó libros como catalejo y, como alfombra mágica, un sillón. ■





*La buella que deja una obra maestra
no siempre es imperecedera*



Habanos

Unicos desde 1492

fotografía

PRIVILEGIOS DE LA VISTA



Desde que fuera fundada en noviembre de 1986 por la primerísima fotógrafa cubana María Eugenia Haya (Marucha), la Fototeca de Cuba se ha dedicado a conservar el patrimonio fotográfico nacional, y también a promoverlo, junto con muestras significativas de otras partes del mundo.

La entidad fijó su sede en la casona de Mercaderes 307, entre Muralla y Teniente Rey, la cual fue restaurada como parte del proyecto «Plaza Vieja», bajo el auspicio de la UNESCO. Esta casona de dos plantas, con balcón corrido y cubierta de tejas, es típica de la arquitectura doméstica criolla del siglo XVIII. En torno al patio central se habilitaron seis viviendas, y el resto del inmueble se destinó a las galerías, archivos y oficinas de la institución.

En su aniversario, la Fototeca de Cuba presenta una exposición antológica que corre paralela con el Primer Salón de Arte Cubano Contemporáneo, convocado por el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales y la Asociación de Artistas Plásticos de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

En el Museo Nacional (Palacio de Bellas Artes), donde se exhibe la muestra central del Salón, podrán ser igualmente apreciadas diversas obras de fotógrafos del patio. □



Joaquín Blez: *Sin título* (ca. 1923)



¿La montura del general Antonio Maceo y Grajales?

3

Un nuevo augurio para el viejo templo de San Francisco de Asís



4

Ya está en la calle:



6-7

Una obra inédita de Fernando Ortiz...

8



ESTADO DEL TIEMPO

Durante el año se distinguen dos estaciones: lluvia (mayo-noviembre) y seca (diciembre-abril). La temperatura media anual ronda los 25° C. Pero incluso en los meses más calurosos, el clima de La Habana es agradable por la brisa marina y la oscilación que confirma a la noche como el invierno del trópico. A esta peculiaridad obedece en gran parte que los cafés y restaurantes del Centro Histórico permanezcan abiertos las 24 horas.

PASADO VIGENTE

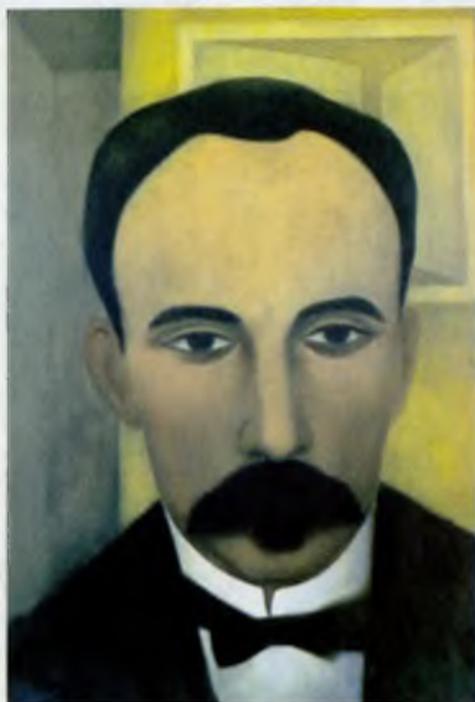
plástica

Una exposición que articuló bocetos y obras mayores del género histórico en la pintura cubana fue la forma escogida por el Museo Nacional de Bellas Artes para conmemorar los centenarios del inicio de la Guerra de Independencia y de la caída en combate de José Martí.

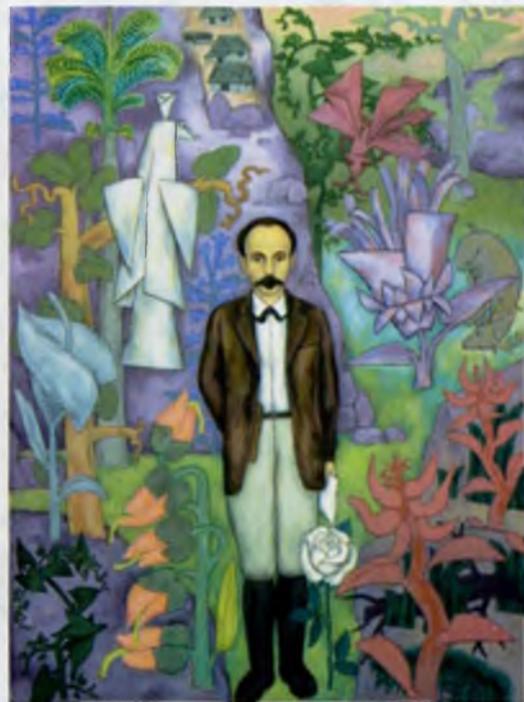
Gracias al auspicio de la UNEAC, el Centro de Estudios Martianos y el Ministerio de Cultura, esta exposición singularísima mostró el curso de la imagen histórica por entre las vicisitudes de la plástica cubana: desde las primeras piezas de alto valor documental y calidad estética que entregaron los pintores mambises Armando Menocal (1863-1942) y Eduardo Morales (1868-1938), hasta las obras de los creadores más representativos del género tras el triunfo de la Revolución.

La doctora Graziella Pogolotti señaló que el sentido de la muestra sobrepasaba la circunstancia conmemorativa e invitaba a reflexionar en torno al desarrollo de las artes plásticas y de la cultura cubana.

Aquí se expusieron óleos, tintas y acuarelas del artista más prolífico del tema histórico en Cuba: Juan Emilio Hernández Giró (1882-1953), junto a ejemplos excepcionales de las vanguardias artísticas, como



Martí (1974)
Óleo sobre tela, 150 x 120 cm
Museo Nacional de Bellas Artes



Homenaje (1995)
Acrílico sobre tela, 121 x 90 cm
Colección del artista

Adigio en dos tiempos

En 1974 Adigio Benítez recurrió a una paleta limitada para magnificar el rostro del Apóstol sobre un fondo casi abstracto. Esta obra fue escogida por los curadores de la exposición «El tema histórico en la pintura cubana», pero el artista decidió presentar un nuevo retrato, que refleja la misma solemnidad del Maestro con recursos pictóricos muy diferentes.

los cuadros al óleo *Muerte en Dos Ríos*, de Carlos Enriquez (1900-57), y *José Martí*, de Jorge Arche (1905-56).

También se pudo apreciar que durante las décadas del 60 y 70 muchos retomaron con sentido simbólico la imagen de Martí, en particular los pintores Mariano Rodríguez (1912-90), Raúl Martínez (1927-95) y Adigio Benítez (1924).

No faltaron obras de gran poder evocativo sobre temas clásicos de la Guerra de Independencia (1895-98), tales como *Capitán Francisco Gómez Toro rescatando el cadáver de Maceo* y *General Juan Bru-*

no Zayas en la columna invasora, de Servando Cabrera (1923-81), las cuales forman parte de la colección del Museo de la Ciudad.

En las búsquedas estéticas de los 80 y 90, se percibe que el género pierde interés testimonial y tiende a re-

forzar mensajes e ideas metafóricas. La imagen del Apóstol pervive en el nuevo universo pictórico: así lo demuestran obras ya conocidas, como *Martí* y *el dragón*, de Esterio Segura (1970), y otras especialmente concebidas para esta exposición por artistas de diversas generaciones. □

Museo Nacional

Palacio de Bellas Artes, Trocadero entre Zulueta y Monserrate, Habana Vieja.
Código postal 10100. Teléfono (537) 62-1643.

El Museo Nacional conmemoró también con una singular exposición el centenario del pintor Fidelio Ponce (1895-1949), quien fuera considerado por Emilio Roig de Leuchsenring como «quizás el más genial de todos los nacidos en Cuba».

museología



LA MONTURA DE LA PAZ

En el Museo de la Ciudad (Plaza de Armas) reposa ya la silla de montar que conservan las fuerzas armadas españolas con el atributo de haber pertenecido al Lugarteniente General del Ejército Libertador cubano, Antonio Maceo y Grajales.

Otra montura con igual atribución, donada por los generales mambises José Miró Argenter y Joaquín Castillo Duany, se halla en el Museo Bacardí (Santiago de Cuba). Los partes de guerra del ejército español describen hasta la ropa interior y calcetines ocupados al cadáver de Maceo, pero jamás se refieren a su silla de montar.

Sin embargo, la autenticidad de la montura entregada por el Museo del Ejército de Tierra (Madrid) a cambio de un cañón y una bandera, se subordina al valor histórico-político del intercambio mismo, ya que esta silla de montar siempre se tuvo por original allá y fue recibida aquí en ceremonia donde los cubanos ocuparon por fin el lugar que debió haberles correspondido junto a los militares españoles, cuando éstos y los estadounidenses acordaron el cese de la guerra hispano-cubano-americana en 1898.



Esta vez quedó sellada simbólicamente la paz entre Cuba y España con el canje mencionado, que se formalizó en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, sede del Museo de la Ciudad y de la Oficina del Historiador.

En nombre de la primera delegación militar española de alto nivel que visita la Isla tras el fin de la Guerra de Independencia, el Director General de Política de Defensa, Víctor Suanzes Pardo, entregó la preciada montura y recibió el cañón, que proviene del destructor «Plutón», hundido el 3 de julio de 1898 frente a Santiago de Cuba, así como la bandera de mochila, que perteneció a un soldado del regimiento de infantería de Extremadura. □

Coordinadora: Manuela Nocoedo.
Diseño y fotografía: Grupo Cargapatache. **Colaboradores:** Mario Díaz, Julio D' Bouchet, María del Carmen Montes, Eduardo Fernández, Alberto Salazar, Orestes Gárciga, Eurídice Charón, Rigoberto Menéndez, Carlos de la Rosa y Haydée N. Torres. **Redacción:** Tacón 1, entre Obispo y O'Reilly, Habana Vieja, Código postal 10100. Teléfono: 61-5001 Fax.33-8183. **Serialización:** CLARITSA. Tel.(506) 283-65227 Fax (506) 234-2504 E-mail: pandion@sol.co.cr

Arte entre las artes

restauración

La pintura mural que decoraba muchas casonas coloniales habaneras, yace hoy bajo múltiples capas de pinturas industriales. Para rescatarla se requiere no sólo amar el arte, sino también obrar con tesón. Así lo hace María del Carmen Montes y Rodríguez, quien ha registrado este año en el Centro Nacional



de Derecho de Autor (CENDA) nueve métodos de trabajo para investigar, documentar, conservar y restaurar ese bello patrimonio que forman las decoraciones murales.

Entre ellos se destacan un sistema de reglas clasificatorias y un muestrario de colores que permiten llevar rigurosamente el diario de trabajo, esto es, la hoja donde se reproducen adecuadamente todos los deta-

lles del espacio decorativo seleccionado. Sobre esta base elabora Carmen Montes sus informes y el expediente de investigación relativo a la pintura mural que se ha de rescatar. Para abreviar operaciones, emplea su propia simbología y, por si fuera poco, ha diseñado también la cubierta capaz de preservar toda cala investigativa o ampliada durante el proceso de restauración inmobiliaria. □

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

restauración



Así suelen llamarse, entre marineros, las borrascas que sobrevienen hacia el otoño. Una de ellas consumió, el 4 de octubre de 1846, la ruina ya padecida por los muros principales y la cúpula del templo (iglesia y convento) de San Francisco de Asís, edificado entre 1719 y 1734 casi al borde de la bahía habanera. Las gentes vieron entonces un fatal augurio.

Hoy debe hablarse más bien del golpe dado a la ruina y al olvido por la Oficina del Historiador de la Ciudad y la Agencia Española de Cooperación Internacional: el 4 de octubre de 1994 concluyó la restauración de la iglesia (Basílica Menor), donde ahora tiene La Habana su más bella sala de conciertos. Y luego del primer aniversario, es otro el presagio: devolver el gran convento a la ciudad como biblioteca de música hispanoamericana y conservatorio. □



Alternativas del campeón

ajedrez

En La Habana jugó José Raúl Capablanca su primer *match*. Tenía entonces trece años de edad y enfrentó al campeón de Cuba, Juan Corzo, quien le ganó las dos primeras partidas y la última, pero el niño prodigio logró cuatro vic-



torias en el interin y se alzó con la victoria definitiva. La partida que le ganó a Corzo el 15 de diciembre de 1901 revela ya el genio del futuro campeón mundial. En ella sobrevivieron dos situaciones cruciales:

1. En esta posición Capablanca pensó que la mejor variante para las negras era iniciar un contraataque, y anotó la jugada pertinente. ¿Cuál?



2. Según Capablanca, la movida siguiente determina si la partida es tablas o victoria de las blancas. ¿Qué jugada corresponde en cada caso?



Respuestas en la página 12.

El alma y las formas

artesanías



Para ser buen artesano, no es preciso pertenecer a la Asociación Cubana de Artesanos Artistas (ACAA); pero ser miembro de ella sí que presupone la condición de buen artesano. La entidad no gubernamental ha fijado su sede en el número 411 de la calle Obispo y expone allí con fines comerciales obras manufacturadas en cerámica, metales, vidrio, madera, pieles, textiles, *papier-maché*...

Se dice que los rasgos más ponderables del alma de los pueblos quedan reflejados en las artesanías. Y cuando se busca en ellas alta calidad, siempre aflora en Cuba esta institución de marcado carácter artístico-cultural, que agrupa a más de tres mil maestros del oficio y el buen gusto. □



PLAN SIMIENTE

comunidad



Niños y adolescentes acostumbra a dar sus primeros pasos como pintores, ceramistas, actores, bailarines o escritores en la Casa de la Obra Pía (número 158 de la calle homónima, entre San Ignacio y Mercaderes). Pero también comenzaron en este lujoso palacio del siglo XVIII las actividades del Plan Simiente, encaminado a brindar atención especial a los grupos sociales más vulnerables: no sólo niños y jóvenes, sino también mujeres y ancianos. Este hermoso proyecto de apoyo a la comunidad se ha extendido a

todas las dependencias de la Oficina del Historiador, como expresión esencial de la obra de restauración centrada en el hombre.

Sirva de ejemplo la rehabilitación del convento de Nuestra Señora de Belén (1720), donde se instalará un Hogar de Ancianos. Mediante el programa Asociados para el Desarrollo se echaron a andar en el barrio de Belén dos talleres comunitarios, en uno de los cuales laboran ya impedidos físicos. Una generosa donación gubernamental de la Confederación Helvética ha permitido re-

animar ciertas tradiciones artesanales de este barrio histórico (que fuera centro de la antigua comunidad sefardita en Cuba) y crear las hermandades de bordadoras, carpinteros y albañiles.

Por su enfoque humanista y envergadura, la restauración del Centro Histórico de La Habana puede servir de paradigma mundial, afirman los representantes de las organizaciones y programas de las Naciones Unidas domiciliados en Cuba, quienes han recabado también de la comunidad internacional todo el apoyo material posible. □

Pensamiento habanero

recetas

Para lograr el sabor genuino de este postre casi olvidado son precisos:

- 1 libra (460 g) de azúcar
- 1 ½ tazas de agua
- 1 jarro (0,5 litros) de nata
- 1 coco rallado
- ½ libra de almendras peladas y molidas
- 12 yemas
- 8 bizcochos triturados
- Mantequilla derretida
- Grajeas

Prepare un almíbar con ¾ de libra de azúcar en taza y media de agua. Quítelo del fuego para añadirle el coco, las almendras y la nata. Póngalo de nuevo al fuego hasta que hierva unos minutos, retírelo y déjelo enfriar.

Con el resto del azúcar bata las yemas, únalas con la mezcla anterior y cocine todo a fuego lento, revolviendo seguido hasta que espese. Entonces viértalo todo en una fuente y dé los tres últimos pasos hacia lo auténtico: polvorear con el bizcocho, salpicar con la mantequilla y adornar con las grajeas. □





La ingeniera María Buajasán, directora del Taller de Arquitectura de la Oficina del Historiador, está igualmente al frente del Plan Maestro.

Las *Leyes de Indias* pintaban el asunto demasiado fácil: «Cuando hagan la planta del lugar, repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la Plaza Mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dejando tanto compás abierto que aunque la población vaya en crecimiento se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma». Eso que llaman modernidad complicaría después las cosas a tal punto, que ya en La Habana no es posible lo urbanístico-racional sin meterse en nuevas complicaciones.

Una de ellas radica en calar a fondo la dinámica urbana del Centro Histórico y trazar las estrategias más convenientes para su desarrollo. Como las estructuras habituales son incapaces de lidiar con este complejo problema, se precisan formas de organización semejantes al equipo «zorrillo» recomendado por el futurólogo norteamericano Alvin Toffler para encarar las cuestiones peliagudas que se plantean en términos generales.

Tal modelo ha sido adoptado por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y la Agencia Española de Cooperación Internacional para llevar adelante la revitalización de La Habana Vieja, como zona básicamente

PLAN

residencial dotada con servicios funcionales de acueducto, alcantarillado y electricidad, sin descartar áreas bien diferenciadas para usos turísticos y administrativos.

El Plan Maestro cuenta con un equipo interdisciplinario que acomete simultáneamente tres líneas de trabajo. De inmediato elabora estrategias de acción para dar respuesta adecuada a problemas tan acuciantes como la vivienda y el turismo. A corto plazo planeará cómo potenciar o contrarrestar, según el caso, los múltiples factores que influyen en el desarrollo del Centro Histórico. Y a mediano plazo pondrá a punto las estrategias específicas de gestión, sobre la base del estudio pormenorizado del territorio.

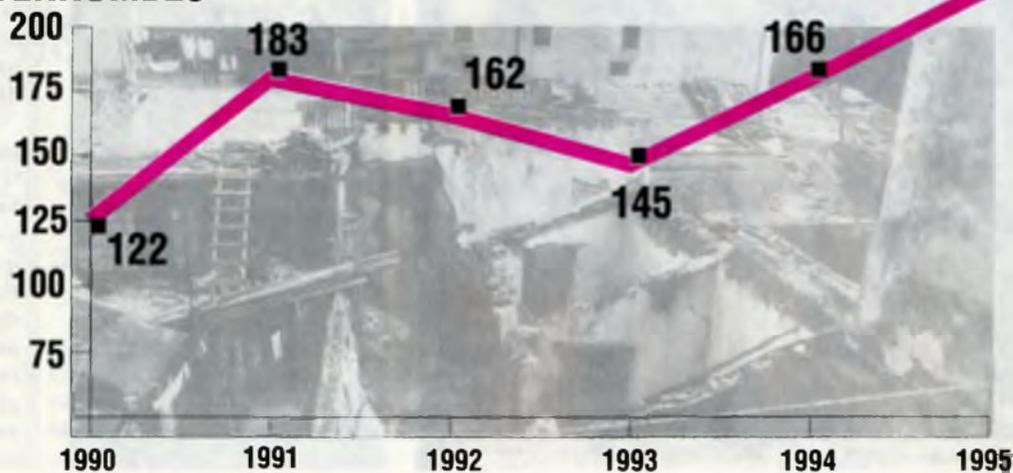
Vendrán regulaciones urbanísticas, programas de conservación, planes integrales de desarrollo... Una montaña de papeles que aterra a simple vista y despierta la sospecha de más enredos burocráticos. No piensan así en el Plan Maestro: ellos conciben tales documentos como herramientas indispensables para los órganos locales de poder y las demás entidades vinculadas al territorio, que

ha sido declarado por el Consejo de Estado zona de prioridad para el turismo internacional y está sujeto a régimen jurídico especial en materia de vivienda.

La situación habitacional en La Habana Vieja ha sido descrita por la Dirección Provincial de la Vivienda con los datos que ofrece este artículo, pero el Plan Maestro no sólo enfoca las cosas de manera distinta, sino que recopila por sí mismo toda la información primaria, con vistas al diagnóstico más acertado. Ya dejó sentadas las bases cartográficas; acaba de realizar el censo de población y viviendas, cuyos resultados se divulgarán en breve; siguen la encuesta socioeconómica y el inventario del uso específico del suelo, así como el registro de datos arquitectónicos de todas las edificaciones y el banco de imágenes fotográficas de sus fachadas... Tales son las tareas preliminares para enfrentar los problemas de la dinámica urbana en esta parte de La Habana, los cuales suponían haber resuelto de una vez y por todas los legisladores de Indias con sólo mandar a repartir plazas, calles y solares según el método de regla y cordel. □



DERRUMBES



MAESTRO

SE ESTIMA QUE EN LA HABANA VIEJA HAY UNAS 33 MIL VIVIENDAS



ANDAR QUE HABANA

La capital de Cuba congrega hoy quince municipios, entre ellos La Habana Vieja. Una buena parte del territorio de este municipio corresponde a los barrios de Vives y Atarés, que se localizan fuera de la otrora Habana intramuros y aun de la zona declarada Patrimonio de la Humanidad. Tampoco estas últimas coinciden, porque además de La Habana intramuros son Patrimonio de la Humanidad el área de extramuros que se urbanizó en el siglo XIX tras demolerse las murallas, así como el sistema de fortificaciones que defendían el canal del puerto.

A excepción de las fortalezas Los Tres Reyes del Morro (1630) y San Carlos de La Cabaña (1774), ubicadas en el municipio La Habana del Este, el Plan Maestro abarca toda la zona declarada Patrimonio de la Humanidad...

... y un poquito más del territorio de La Habana Vieja, que sumados dan 214 hectáreas. Según el *Plano pintoresco de La Habana* (1853), el área de extramuros próxima a la Terminal de Ferrocarriles (antes Arsenal) y urbanizada luego del derribo de las murallas en 1863, no pasa de la calle Economía. Por allí el Plan Maestro se extiende a la calle Cienfuegos; en el resto del área de estudio sigue la delimitación fijada por la UNESCO para la declaratoria de Patrimonio de la Humanidad: desde el contorno de la bahía hasta la acera más lejana del Paseo del Prado, junto con las zonas del Capitolio Nacional y del Parque de la Fraternidad. □



El solar propicio



d a n z a

En el patio del palacete dieciochesco donde tiene su sede la Casa de África (Obrapia No. 157, entre San Ignacio y Mercaderes), ya están cobrando vida las deidades yorubas por intermedio del grupo ORIKI, cuya música y danza trascienden lo estrictamente folclórico para revelar todo el colorido y sortilegio del culto sincrético afrocubano.

Esta nueva línea de rescate cultural se suma a las muestras de piezas auténticas del

África subsahariana, del régimen esclavista en Cuba y de las prácticas religiosas Regla de Ocha, Palo Monte y Abakuá, que la mencionada institución expone en sus salas permanentes.

La Casa de África guarda, además, libros y objetos personales del antropólogo Fernando Ortiz y Fernández, junto con preciados volúmenes del historiador José Luciano Franco y otros investigadores de la riqueza sociocultural afrocubana. □

Próximamente abrirá sus puertas la Casa del Asia, en Mercaderes 111, entre Obispo y Obrapia.

libros en ciernes

LA ENTRADA DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA

La conquista castellana de las Antillas, Los primeros veinticinco años de la historia de Hispanoamérica o Novísima descripción de la destrucción de las Indias son otros títulos recomendados por el historiador Fernando Ortiz y Fernández para una extensa obra que pretendía publicar (en cinco volúmenes) y dejó inconclusa en la década del 30. Según Orestes Gárciga, investigador del Instituto de Historia de Cuba que acaba de transcribir los manuscritos, Ortiz describe con objetividad (en más de mil páginas) el encuentro de las culturas española y antillana.

Tras abundar en la biografía de Cristóbal Colón, el autor analiza el surgimiento del capitalismo en Europa y su expansión en América, para desembocar en el estudio pormenorizado de la conquista de las Antillas, que define como «la

más cruel subyugación». La historia del siglo XV en las Islas Canarias constituye para él un antecedente inmediato. Los esclavos, el oro y el azúcar —subraya— «fueron las predominantes apetencias comerciales de todos los viajes, conquistas y poblamientos ultramarinos del siglo XV y buena parte del XVI». Y en cuanto a tesis más generales, Orestes Gárciga transcribe así la que pudiera resumir esta obra inconclusa: «No fue carencia de impulso capitalista, sino prematura imposición (...) que rompió, destruyó y arrasó aquellas civilizaciones de piedra...» □

Para más información comuníquese con el Instituto de Historia de Cuba: Amistad 654, el Reina y Salud, La Habana, Código postal 12400. Tel. (537) 62-2076 al 79.



La litografía *Día de Reyes* (1848), de Frederic Miahle, refleja cierta curiosidad artística por lo afrocubano. En la caricatura *Dr. Fernando Ortiz* (1924), Conrado Massaguer pretende expresar más bien la curiosidad científica de este pensador por aquel tema.



HUELLAS DEL ISLAM

m i g r a c i o n e s



El etnólogo Fernando Ortiz y Fernández aseveró que los negros curros no llegaron a formar asociaciones, pero un viejo expediente criminal sugiere lo contrario y revela, además, algunas pistas africanas de la influencia islámica en Cuba. En 1853 se abrió la causa «Contra gremios y banderías u organizaciones secretas de los negros libres en La Habana» (Archivo Nacional de Cuba, Fondo Comisión Militar, Legajo 116), que sería cerrada en 1861 por falta de pruebas. El informe preliminar reza: «existe una división que forman entre sí los negros curros y a la que llaman gremios, fijándose en distintos barrios de la capital con denominaciones alusivas a sus cánticos.»

Estos gremios constituyen una etapa intermedia del complejo proceso de transculturación de las etnias africanas islamizadas que arribaron a Cuba. Aquí no surgió culto sincrético relacionado directamente con el Islam (como el de los Alufas en Brasil), pero quedaron huellas bien definidas de una civilización árabe que no llegó por vía de España.

Aunque su culto religioso es de origen bantú, los paleros inician sus ritos con la frase *Sala Malekom*, que viene de la etnia mandinga, como transformación del tradicional saludo árabe *As Salam Aleikum* (la paz sea con usted). También por causa de ese toma y daca interafricano,

algunos santeros visten hoy igual que los habitantes de Mali descritos por Ibn Batuta en el siglo XIV. Y hasta el *babalawo* (sacerdote del culto de Ifá) usa una estera de fibra vegetal para tirar los caracoles, es decir, procura dialogar con sus orishas en un espacio semejante a la alfombra de rezos del creyente musulmán.

Aquella civilización llegó también por vía directa. La entrada del libanés Antun Farah se reporta en 1879 como el inicio de la inmigración árabe en Cuba y un acta capitular del Ayuntamiento de La Habana refiere ya en 1883 la instancia de Jorge Cattán, natural de Palestina, para vender efectos de Jerusalén.

Hacia 1927 son los almacenes y tiendas de tejidos, así como las quincallerías, puntos de fuerte presencia árabe en La Habana. Dentro del Centro Histórico llegó a existir hasta una cuadra «libanesa» (Bernaza entre Muralla y Teniente Rey) donde estaban la tienda de José Juelle; el almacén de textiles El Cedro, de Elías Felaifel; así como la sociedad de Julio Abislaiman y Pablo Bared, quienes contaban con el almacén El Nilo y la joyería Las Pirámides.

Muchos forjaron su propia publicidad. El lema de José Azar, dueño de un almacén de muebles nuevos y usados, era: «No es lo mismo comprar al azar, que comprarle a José Azar». Y Mauricio Chediak anunciaba así su tienda de tejidos: «La casa de las telas anchas y los precios estrechos.»



La inmigración en cadena condicionó tanto el dominio familiar de los comercios como la re-creación del lugar de origen, sobre todo en la barriada de Monte, que linda con el Centro Histórico.

Salvo casos excepcionales, el comerciante levantino no dio el paso hacia la actividad industrial. La empresa de Abislaiman, por ejemplo, se encontraba en 1954 realizando las mismas gestiones iniciales de importación y gerencia de joyería. No obstante, para ese año Abislaiman y otros nombres como Bared o Canfux aparecían ya en las guías sociales habaneras, junto a la flor y nata de la burguesía cubana y española. □

La Casa de los Árabes (Oficios 10, entre Obispo y Obrapía) cuenta con la única sala de culto musulmán en Cuba (foto superior) y exhibe diversas muestras de la cultura árabe. Teléfono: (537) 61-5868

La feria de los discretos empresarios



La Oficina del Historiador presta también su apoyo a los vecinos del Centro Histórico que optan lícitamente por el trabajo personal o familiar. Así contribuye a fomentar la riqueza en el territorio, y aflora también una suerte de atención al turista que redundará en beneficios inmediatos para la población local.

Son ya tradicionales las ventas de artesanías en la Plaza de la Catedral y las librerías de viejo en la Plaza de Armas. Y han comenzado a proliferar los restaurantes, que por influjo de la telenovela brasileña *Vale todo* se designan popularmente como **las paladares** (Paladar era el nombre de la cadena gastronómica perteneciente a la protagonista). Algunas ofrecen esa comida criolla capaz de satisfacer a los paladares más exigentes.

Los pequeños negocios pudieran transformarse en



fuentes apreciables del capital necesario para rehabilitar integralmente el Centro Histórico. Cada vez gana más espacio la iniciativa ciudadana. Cerca de la Plaza Nueva, por ejemplo, se manufacturan vinos sobre la base de mieles cubanas y bajo la denominación de Bodegas Carenas. Dentro de poco no resultará extraño un anuncio que diga: «Noche cubana en el barrio

de San Juan de Dios. Comparta un *bembé* con Yeyo y Dolores en la ciudadela de los intelectuales». Además del *bembé* (fiesta de agasajo a las deidades del panteón afrocubano) pudieran revitalizarse por esta vía el carnaval habanero y otras tradiciones culturales que causan placer y asombro entre los turistas extranjeros sin necesidad de montajes artificiosos. □

EL PRIMER MAESTRO



Bien sea Monseñor Adolfo Rodríguez Herrera, obispo de Camagüey, al inaugurar el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (1986); o Roberto Fernández Retamar, presidente de la Casa de las Américas, en la introducción al ciclo de conferencias Un siglo de revistas culturales españolas e hispanoamericanas (1994); o cualquier otra personalidad que mencione al presbítero cubano Félix Varela y Morales (1788-1853), suelen colgarle el mismo epíteto: «el primero que nos enseñó a pensar». Lo bien dicho por José de la Luz y Caballero acerca del padre Varela es: «quien nos enseñó primero en pensar» (*Identificación filosófica con mi maestro Varela, 1840*). □

Humo divino

artesanías



En la Casa del Tabaco, otra reliquia inmobiliaria del siglo XVIII (Mercaderes No. 120, entre Obispo y Obrapia), acaban de presentarse valiosos ejemplos de la cultura tradicional cubana, pero esta vez vinculados al placer especial que muchos encuentran en el fumar.

No sólo la maestría del torcedor de la hoja del tabaco, sino también la bella litografía de bofetones y vitolas, hacen que los habanos despierten el recuerdo de que los aborígenes de la mayor de las Antillas fumaban para comunicarse con los dioses. □



EL MUNDO FUTURO DE LA HABANA ANTIGUA

Habaguanex, S.A. es la compañía creada por la Oficina del Historiador para rehabilitar las instalaciones gastronómicas y hoteleras del Centro Histórico, así como para encauzar las gestiones de negocios en el territorio.

Compañía Turística
Habaguanex S.A.

Oficios 110, entre Lampari y La Amargura, Habana Vieja
Código postal 10100 . Teléfonos (537) y 33 8693 y 33 86 94
Fax: 33 8597

Otra cara de la medalla



numismática

Si preguntáramos cuál es la moneda más bella de Cuba, la mayoría de los coleccionistas respondería que los pesos ABC. Estas piezas obedecen a la ley primordial de la estética: ni mucho ni poco, sólo lo justo. Su diseño es una versión muy afortunada de la Medalla de la Independencia, realizado por el artista español Jaime Valls. En este caso pierde sentido aquel refrán de que nunca segundas partes fueron mejores.

La Medalla de la Independencia data de 1911 y es la primera condecoración de la República de Cuba. Aunque se instituyó tardíamente, por decreto del presidente José Miguel Gómez, quedó labrada en oro, plata y bronce como testimonio de agradecimiento a los mambises. El diseño de esta medalla conjuga detalles del *art nouveau* (como la leyenda del anverso) con otros de marcado estilo académico. Todo parece indicar que fue realizada en La Habana, pues detrás de la suspensión de la pieza se advierte la inscripción «FREEMAN, MERCADERES 2, HABANA».

Frente al eclecticismo de la Medalla de la Independencia, los pesos ABC reflejan de forma inequívoca el *art deco*, que estuvo de moda en Cuba por los años 30. Estas monedas se estuvieron acuñando en Filadelfia (EE. UU.) desde 1934 hasta 1939, pero sólo como respaldo de billetes certificados, es decir, sin fines circulatorios. No obstante, muchas fueron retiradas de las bóvedas del Banco Nacional por personas interesadas en guardarlas como recuerdo o regalarlas con motivo de alguna ocasión significativa.

Al venderse en 1951 por su valor metálico casi todos los pesos de plata de la Tesorería de la República, quedaron en depósito sólo algunos miles de ejemplares de cada año. Y erróneamente se omitió conservar las monedas de 1937, que por ello son hoy la pieza clave en las colecciones de pesos plata de Cuba.

Los pesos ABC recibieron ese nombre por la caprichosa disposición de las cifras del año de su edición príncipe (1934). Se dice que prevaleció el interés personal de Joaquín Martínez Sáenz, entonces ministro de Hacienda, para formar con aquellas cuatro cifras las siglas de la organización política a la cual pertenecía: el partido ABC. □



b r e v i a r i o

Para colaborar con este suplemento diríjase a:

Tacón No. 1, entre Obispo y O'Reilly,
Habana Vieja. Código postal 10 100.
Tel. (537) 61 5001 Fax 338183

EL ESPEJO DE LA NATURALEZA

n a t u r a



El biólogo cubano Alfonso Silva Lee pudo tomar aún las fotos del zunzuncito y el cocodrilo, que se exhiben en «Cuba, naturaleza de una isla». Para mostrar la pareja de carpinteros reales hubo que recurrir a James Audbon, quien había logrado pintarlos del natural en Louisiana (EE. UU.) hacia 1826.

A un costado de la Plaza de Armas, el Museo Nacional de Historia Natural (La Habana) y el *American Museum of Natural History* (Nueva York) han montado la exposición «Cuba, naturaleza de una isla», para enfocar la fauna cubana desde la perspectiva de un ecosistema tan frágil, que debíamos cuidar como a la niña de los ojos.

Personajes insulares como el zunzuncito (*Mellisuga helenae*), el ave más pequeña del mundo, corren actualmente grave peligro de extinción. La suerte acompaña todavía menos al car-

pintero real (*Campephilus principalis*), otra rara avis que acaso subsista en los bosques montañosos al oriente de la Isla. Allí el ornitólogo norteamericano Lester Short apreció en abril de 1986 un ejemplar de penacho negro, es decir, una hembra. Sus colegas cubanos vieron volar por el mismo sitio (Ojito de Agua, provincia de Guantánamo) a uno de penacho rojo, tal vez el macho de la pareja.

Salvo los murciélagos y algún que otro roedor, el almiquí (*Soledonon cubanus*) es el único mamífero nativo que aún respira: un verdadero fósil viviente ese feito y tristón pariente de la musaraña, ensimismado en cazar hormigas con su hocico alargado. También albergan un sinnúmero de criaturas irrepitibles los manglares de la Ciénaga de Zapata, el humedal más extenso del Caribe, localizado al sudeste de La Habana. Además de ser un importante punto de escala para las aves que emigran entre las Américas, viven allí el increíble zunzuncito, su tocayo el



zunzún (*Chlorostilbon ricordi*), la gallereta de pico colorado (*Gallinula chloropus*), el cocodrilo cubano (*Crocodylus rhombifer*) y otras especies endémicas.

Al indagar como nunca las claves de identidad nacional, los intelectuales cubanos debieran acercarse también a la fauna de la Isla, no sólo para protegerla, sino también para aprender de ella. El endemismo —don de cambiar hasta adquirir semblanza propia— constituye una de las características fundamentales de la fauna cubana, junto con la riqueza de especies por unidad de área, las variaciones espectaculares de colorido y la ausencia de uniformidad (tan apreciables en los caracoles arbóreos *Polymicta picta*). Todo lo anterior expresa la pujanza del reino animal por evolucionar, aunque imperen severas limitaciones geográficas. □



1. Capablanca anotó Dh6, pero Corzo jugó De6.

2. Si b x a, entonces tablas; si Ab6 (u otra similar), ganan las blancas.



AUREA,

LA INMOBILIARIA,

es la primera empresa de capital mixto en que participa la Oficina del Historiador, junto con el Banco Exterior de España, Argentaria.

Aurea rehabilita ya la antigua Lonja del Comercio de La Habana para transformarla en un moderno complejo de oficinas; que tendrá anexo un edificio de aparcamiento con capacidad para 150 vehículos.

Además de estudiar proyectos similares a mediano plazo, la inmobiliaria puede acometer otros que se relacionen con viviendas, centros de comercio o plantas industriales, así como prestar servicios especializados en:

Gestión de patrimonios

Fondos de inversión

Tasaciones

Estudios de mercado

Project Managment

Licencias, alquileres y compraventas

Asesoramiento jurídico

... PERO SE MUEVE



AUREA

Oficios 152, entre Amargura y Muralla,
Habana Vieja.

Código postal 10100.

Teléfonos: (537) 33-8406/07.

Fax: 33-8408.

Recoletos 22-5ta, 28001 Madrid

Teléfonos: (91) 537- 4910/11.

Fax: 537- 4900.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LOS TÓNICOS DE LA VOLUNTAD

por Arnaldo Díaz-Fortes

Hay partes de La Habana Vieja que semejan una kasbah por tanta gente en tugurios, tantos derrumbes y apuntalamientos... Acerca de cómo salvar la «llave del Nuevo Mundo» para usarla con eficacia en estos tiempos nuevos, reflexiona María Luisa Cerrillos, directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural en Iberoamérica, que lleva adelante la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).



La torre escalonada del templo de San Francisco de Asís (1738) tiene 42 metros de alto y es la edificación colonial más empinada de toda La Habana.

El 14 de diciembre de 1982, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) declaró Patrimonio de La Humanidad a la otrora Habana intramuros (Centro Histórico, en sentido estricto), a las fortificaciones que defendían el canal de su puerto y a la zona urbanizada durante el siglo XIX en el área libre tras demolerse las murallas. Desde 1990 la AECI colabora planificadamente en la rehabilitación del Centro Histórico, siguiendo tres direcciones fundamentales de trabajo: planear áreas urbanas, restaurar monumentos y recuperar edificios para uso social. María Luisa Cerrillos afirma:

Nuestro plan de colaboración con La Habana es redondo: llega a todos los puntos que se han de tratar y descansa en relaciones inmejorables con la institución local de gestión, que es la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Pensamos muy parecido en cuanto a la función social del patrimonio, a lo que supone trabajar en esto. Cualquier cosa razonable cabe entre nosotros. Llevamos a cabo desde hace tiempo un proyecto piloto (la rehabilitación del templo de San Francisco de Asís) y contamos con el mayor centro iberoamericano de su tipo: la Escuela Taller «Melchor Gaspar de Jovellanos», que ya comenzó el segundo ciclo de formación de jóvenes trabajadores en oficios vinculados al rescate del patrimonio histórico-cultural.



La arquitecta española María Luisa Cerrillos sentencia: «Es una verdadera burricia que no se esolote razonable y respetablemente el patrimonio, que no se incrementen así la calidad de vida y las oportunidades de trabajo»

En sólo 142 hectáreas, La Habana intramuros atesora el trazado original de sus calles y más de 500 edificaciones de alto valor monumental, pero también alberga a unas 70 mil personas, muchas de ellas en condiciones precarias de habitat. María Luisa Cerrillos está convencida de que rehabilitar esta zona presupone disminuir significativamente su densidad poblacional.

¿Cómo reorganizar las densidades? No puede ser creciendo hacia arriba. ¿Vamos a coger un palacio colonial y agregarle cuatro plantas más, o vamos sencillamente a suprimir el palacio? Entonces no estamos hablando de preservar el patrimonio, sino de extirparlo. Y no serán cuatro plantas: van a ser veinte. Eso se llama especulación y es más viejo que ni te cuento.

Lo tienes en Lima: dos casitas y quince torres. De su casco histórico quedan sólo un par de tramos. Es una de las cosas que más me duele, porque Lima era espléndida. A ese mismo crimen se puede abocar La Habana, pues en ella la especulación será fortísima. Aunque yo espero del sentido común internacional (porque La Habana está en el escaparate del mundo) que nadie se atreva a invadir resueltamente el Centro Histórico.

Al triunfar la Revolución (1959) quedó sin vigor un proyecto urbanístico (Plan Sert) que contemplaba dos inter

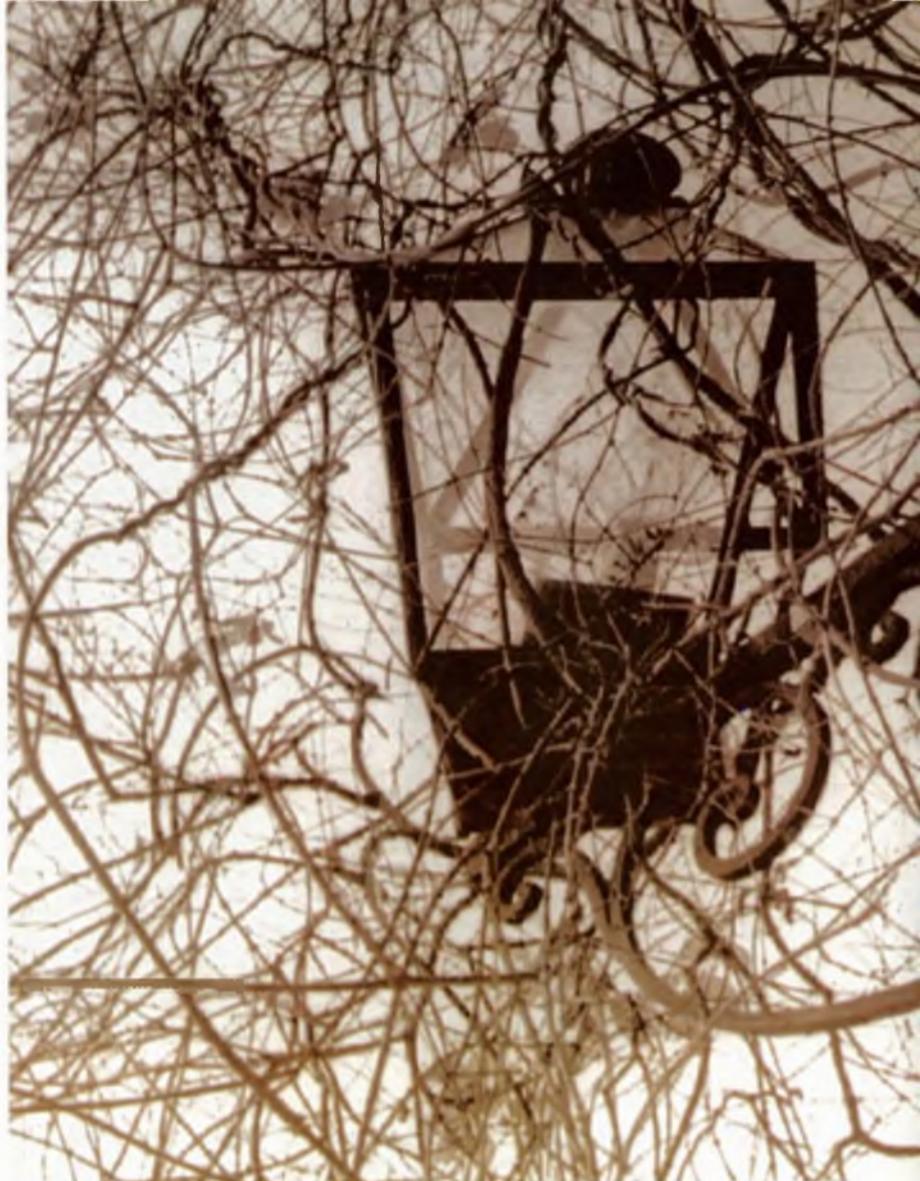
venciones primordiales en la parte más antigua de La Habana: reanimar las zonas de interés turístico y allanar el resto para tender avenidas que descongestionaran el tráfico.

Tal vez se encare hoy un reencuentro inesperado con el Plan Sert: el auge del turismo promueve obras de restauración y conservación en algunos sectores, mientras que otros ya no tienen que ser derribados con orugas mecánicas: vienen cayendo por su propio peso, después de resistir mansa y obstinadamente el paso de décadas sin mantenimiento adecuado.

El deterioro se incrementa en flecha con el tiempo, porque el nivel de ruina física es altísimo. Que se te caiga un edificio con la gente dentro no constituye una hipótesis: es una probabilidad cierta. Y cada año y época de lluvias que pasa, empeoran las cosas. Pero como no estamos locos, forjaremos unas expectativas razonables en la medida que podamos. La clave del asunto anda por un programa de viviendas en otro lugar, donde puedan realojarse quienes ya no caben en el Centro Histórico.

La cuestión, sin embargo, no se deja someter fácilmente a una sola voluntad definitiva, centrada en preservar el patrimonio. La Oficina del Historiador acomete el rescate del Centro Histórico por, con y para sus propios





moradores. No pretende desterrarlos. María Luisa Cerrillos acota que un casco histórico con altos grados de tugurización y densidad poblacional sugiere de inmediato la pregunta de adónde quiere llevarse.

¿Qué hacer: consolidar la situación de crisis o emprender un plan realista de nuevas viviendas en otros sectores? De los residentes en tugurios habrá que discernir quiénes tienen derecho a quedarse y quiénes tienen que irse. Eso no lo voy a contestar yo. Caso por caso se esclarecerá quién tiene arraigo en el Centro Histórico y quién se ha metido allí porque no le quedaba otra opción y le da lo mismo otro lugar.

La densidad de población no resulta tan crítica, según Madeline Menéndez, arquitecta del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM): «El promedio no pasa de 500 habitantes por hectárea, y no tendrá que ser reubicada mucha gente». Mas existe otra condición que María Luisa Cerrillos acentúa como determinante para rehabilitar el Centro Histórico.

La solución no depende ya de la Oficina del Historiador ni del municipio Habana Vieja: debe ser cuestión nacional.

Si en Cuba quieren sacar adelante el Centro Histórico de La Habana, todas las instituciones implicadas —como diríamos en mi tierra— tienen que mojarse.

En este punto sí coinciden la arquitecta cubana y su colega española. El mismo principio de solución participativa es defendido por la red Viviendo y Construyendo, del Programa Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CYTED). Uno de sus coordinadores, el académico argentino Víctor Saúl Pelli, aboga por llevar siempre las cuestiones habitacionales a una mesa de negociaciones, donde concurren todos los actores sociales involucrados. En virtud del apoyo que presta la AECI a la rehabilitación del Centro Histórico, la directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural en Iberoamérica acudiría de seguro a las rondas de discusión sobre los problemas de vivienda en La Habana Vieja.

Mi carta de negociación es la siguiente: no voy a vencer a nadie de que es importantísimo restaurar el Centro Histórico. ¿En Cuba lo consideran importante? Pues todos estamos empujando; si no, ¿qué sentido tiene recopilar da-



La piedra proclama su triunfo rotundo en foralezas como La Real Fuerza (1577) y Los Tres Reyes del Morro (1630), pero la arquitectura colonial se expresa también en La Habana con el delicado sentido de noble artesanía.

tos, elaborar ordenanzas, inventariar unas cuatro mil edificaciones...? A fin de cuentas es como todo: dime cuánto inviertes y te diré cuánto crees en esto; dime cuánto pones para que esto salga adelante y te diré cuán solidario eres con La Habana. Mas lo decisivo estriba en que este casco histórico, al igual que sus homólogos de Toledo, Sevilla, Salamanca, Ávila o Córdoba, puede generar riqueza de primer orden.

Sin embargo, la gesta de restauración y conservación se torna difícil, porque un craso utilitarismo amenaza con dejar los cascos históricos a merced del libre juego de intereses turísticos o comerciales. Contra esta corriente brega la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Su vicedirectora de Investigaciones, Rayda Mara Suárez Portal, sostiene que el patrimonio no está en venta: «Está ahí para contemplarlo y comprenderlo, para emplearlo con fines útiles a la comunidad». Tal posición conforta a María Luisa Cerrillos, quien a su vez subraya que la Oficina del Historiador se esfuerza mucho por obtener dotaciones económicas relativamente altas para llevar adelante empeños culturales.

En Cuba ocurre algo significativo que no se da en el resto de Iberoamérica. Lo normal es encontrarse con que la cultura es la cenicienta del presupuesto estatal. Aquí se siente que la cultura tiene connotación de derechos, libertades y señas de identidad. No obstante, es poco probable que con los apremios económicos y sociales del momento prevalezca ese interés, si vacilas en explicar cómo manejar el patrimonio.

Hay que quitarse de la cabeza el planteamiento habitual y entender el patrimonio como una gran empresa, que debe gestionarse en forma sustentable para generar empleos y calidad de vida. No se puede consentir ideológica ni económicamente que se mantenga sólo como reliquia.

Todavía hay que ganar la batalla contra esta tendencia, pero ya tenemos algunos éxitos: edificios rehabilitados que son centros culturales, como en Ciudad Bolívar (Venezuela); una iglesia barroca maravillosa en Potosí (Bolivia), que ahora es un cine-teatro y le acaban de otorgar el Premio Internacional de Arquitectura en la Bienal de Quito (Ecuador)... Aquí mismo tenemos una hermosa sala de conciertos en la Basílica Menor de San Francisco de Asís.



Para que La Habana gestione su patrimonio como empresa, el turismo resulta indispensable. El doctor en Ciencias Técnicas Miguel Coyula, subdirector del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, sugiere aprovechar incluso mansiones de alta calidad —como pensiones u hostales— para desarrollar una suerte de turismo de barrio cuyos beneficios perciba directamente la población. Al mismo tiempo reconoce que la actividad turística puede introducir deformaciones irreversibles en el entorno urbano. Cerrillos lo tiene previsto.

Lo que pretendo es anticipación; hacer tan rentable el rescate del patrimonio, que por lo menos se ponga coto al crecimiento urbano salvaje. También esto resulta singular en nuestro plan de cooperación con La Habana: tenemos la dicha de poder anticiparnos y planear.

No es el caso de Madrid, donde el problema del tráfico está ahí desde antes, mas debe pensarse cuáles serán las zonas críticas de esta Habana singularísima. Hoy los problemas de invasión del tráfico y de parqueamientos son mínimos, pero si toman desarrollo y dinamismo pasarán a primera línea. Quito, por ejemplo, ya está salvajemente saturado de vehículos.

Tampoco tenemos aquí una especulación concentrada, como en Salvador de Bahía (Brasil) o San Juan (Puerto Rico). Lo que encontramos en La Habana Vieja es una estructura urbana con graves, muy graves problemas de vivienda, así como ruina física de las edificaciones y altísima densidad poblacional. Mas aún no ha caído la telaraña terrible de otros problemas típicos de los cascos históricos.

La organización English Historic Town Forum, por ejemplo, lleva adelante el proyecto Living Over The Shop para contrarrestar el deterioro de plantas vacías encima de los comercios ubicados dentro de la parte antigua de muchas ciudades británicas. La directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural en Iberoamérica comenta que ése no es un problema exclusivo de Gran Bretaña.

Vete a San Juan de Puerto Rico, al viejo San Juan: las plantas altas están cerradas y abajo están los comercios. Pero mira lo contrario en Ponce: un ejemplo fantástico de



El triunfo sutil de la piedra habanera puede ser apreciado lo mismo en la cúpula de la iglesia de San Francisco de Paula (1745), que en la torre de la iglesia del Santo Ángel Custodio (1847) o la fachada de la Catedral (ca. 1775).

como la sociedad civil y el Estado puertorriqueños se consagran a recuperar el casco histórico. De un recinto deshabitado ha pasado a ser un lugar vivo, donde la gente permanece hasta las tres de la mañana en la Plaza de las Delicias y enarbola dondequiera la bandera de la «poncenedad».

Las cosas son distintas en Quito, donde una buena parte del casco histórico es eso: comercios abajo y bodegas arriba, pero se afrontan serios problemas de tráfico, delincuencia, tugurización... Nadie está loco de ir a vivir a semejante foco de tensión si puede arreglárselas en otro lado.

Recuperar viviendas fue uno de los patrones seguidos para salvar la Plaza Vieja, notable conjunto monumental del Centro Histórico de La Habana. Sin embargo, los planes de restauración acogen por regla edificios que pasan a cumplir exclusivamente funciones no habitacionales. La arquitecta Madeline Menéndez advierte que como sus antiguos ocupantes reciben nuevas viviendas en otro lugar, mucha gente entona hoy en La Habana Vieja una plegaria esperanzadora: «Hace falta que Eusebio Leal coja esto para monumento».

Entretanto proliferan las acciones constructivas espontáneas de los propios vecinos: el entrepiso añadido, la caseta improvisada en azoteas, el baño y la cocina adicionales en locales de poca cabida... Ya no se tiene constancia exacta de cuántos tugurios encierra el Centro Histórico ni mucho menos de cuánta gente vive en él. María Luisa Cerrillos cifra en el próximo censo sus esperanzas de contar con datos fidedignos de la población residente, y aclara:

De la vivienda sí tengo información actualizada. Recorro las calles, una tras otra, entro en las casas y no necesito cifras. Muchos cascos históricos son eso: lugares donde uno encuentra el cuartillo más barato en que se puede meter. En los últimos 20-25 años acogieron a buena parte de la inmigración urbana. ¿Qué pasa en La Habana Vieja? Pues que las grandes casonas fueron abandonadas por sus propietarios y en cada uno de los cuartos se metió una familia; luego...

En fin, algunos cuartos cobijan hoy a tres o más familias. No queda otra salida que construir barrios alternativos para reubicar a los vecinos sobrantes. ¿No hay materiales? Pues no estamos planificando para esta situación de crisis; estamos

apostando por que Cuba saldrá de ella. Pero si no media el compromiso político de echar suficiente caldo, mejor nos vamos.

De acuerdo con el Plan Maestro para su revitalización integral, La Habana Vieja debe ser un área básicamente residencial, dotada con servicios funcionales de acueducto, alcantarillado y electricidad. Por supuesto que se contemplan sectores bien diferenciados para otros fines, pues el Consejo de Estado de la República de Cuba ha decretado que el Centro Histórico de La Habana es zona de prioridad para el turismo internacional, sujeta a un régimen jurídico especial en materia de vivienda.

Conservar y restaurar el patrimonio se torna cada vez más complejo. Para la arquitecta española, siempre son duros los primeros momentos de cualquier programa de preservación, pero ya es algo si podemos salvar de la erosión del tiempo a un pedazo de nuestra brutal realidad.

Antes peleaba muchísimo por el derecho de la gente a sus señas de identidad y por la necesidad de mantener vivas las raíces: para estar de pie y saber quién eres, porque eres así y no otro; para enfrentar la vida y la historia con dignidad. Pero si tengo que hablar demasiado, renuncio y empleo entonces otro lenguaje: el costo-beneficio.

No falto a mis principios. Sólo que sé cómo mantenerlos y a quién es inútil explicárselos. Hubo gente que hace quince años decía que íbamos en contra del progreso; ahora dan conferencias sobre el valor de los edificios patrimoniales. Bueno, es que han podido colocar determinados tipos de comercios y otros negocios que generan mucho trabajo y riqueza. Eso significa que aquellos edificios son verdaderamente valiosos...

En esta dicotomía de cultura y empresa no encuentro dificultades. Me estoy haciendo mayor, y cada vez soy más cínica. Lo que no puede pasar es que el patrimonio desaparezca; no importa que para evitarlo tengamos que chalanear un poco. Lo peor en este mundo es ser absolutamente purista: por soberbia elitista o cultural, te condenas a muerte.

La realidad brutal que emerge a fines de milenio en La Habana Vieja, no tiene ya posibilidad de destierro al hueco negro de la inconsciencia colectiva; se desmorona todo un casco antiguo repleto de historia auténtica. Tampoco es cosa de chasquear los dedos y que aparezca enseguida lo indispensable para preservar el encanto, pero... La ventaja está en que La Habana resulta muy difícil de cuestionar. Un comentario de María Luisa Cerrillos que deja margen a la esperanza. ■





La cerámica de pasta blanda con esmalte duro, blanco y opaco (por adición de óxido de estaño al plomo), se denomina mayólica porque fue Mallorca (Islas Baleares) el trampolín que utilizaron los árabes para introducirla en España antes del siglo XI. El tipo Santovenia policroma resulta muy útil para identificar contextos coloniales entre la segunda mitad del siglo XVIII y el primer cuarto del XIX. Su presencia es significativa en diferentes sitios del Centro Histórico, sobre todo en la casa de los Condes de Santovenia (Plaza de Armas).

Carlos Alberto Hernández y Roger Arrazcaeta (Gabinete de Arqueología)

EL MAESTRO CARPINTERO

por Daniel Taboada Espiniella

Los techos de madera, en primerísima instancia, pero también las hojas de puertas y ventanas, así como los balaustres tornados, determinaron el estilo arquitectónico en La Habana antes del presente siglo. Y todo gracias a uno de los oficios más nobles y antiguos: la carpintería de lo blanco.

Si con un golpe de imaginación borráramos las techumbres habaneras, quedaríamos sorprendidos y confusos ante la pobreza resultante, sobre todo en la arquitectura de los siglos XVII y XVIII. Ningún otro elemento revela mejor cuánta experiencia, habilidad y refinamiento se necesitan para ejercer la carpintería, un oficio traído a Cuba por los españoles. Aquí encontraron abundantes maderas preciosas, las cuales trabajaron concienzudamente para conformar esas cubiertas que hoy admiramos. En ellas lo decorativo va cediendo paso a lo estructural, mas siempre con la impronta dejada por los árabes en el sur ibérico.

EL ESTILO MUDEJAR

El arte musulmán se transfiere con relativa facilidad de la metrópoli a las colonias, porque éstas mantenían relaciones exclusivas con la región de Andalucía, donde aquél floreció en todo su esplendor. Los puertos andalu-

ces de Sevilla y Cádiz monopolizaron por mucho tiempo el comercio con las Indias.

El término mudéjar procede del árabe *mudayyan*, que está registrado desde el siglo XIII y significa «aquel a quien han permitido quedarse» o «gente que permanece». En realidad define la forma legal de sumisión y protección (pacto de garantía) a la cual se acogió una minoría de comunidades musulmanas en España tras la Reconquista.

En contraposición al morisco, que optó por convertirse a la fe cristiana, el mudéjar dependía políticamente del reino católico sin tener que renunciar a su religión y costumbres musulmanas. A pesar de esta tolerancia y del amparo legal, fue tratado como ciudadano de segunda clase y terminó rebelándose. Después de la toma de Granada (1492) fue expulsado del sur de España.

Muchas características de los mudéjares —en tanto que minoría sometida— se repitieron en los esclavos africanos llegados a Cuba y en los libertos (negros y mulatos) que ejercían como herreros, sastres, médicos, músicos, escribanos y, por supuesto, como carpinteros.



En los techos del convento de Santa Clara de Asís, resalta la maestría de las tallas, particularmente aquellas que decoran las esquinas interiores.



CARPINTERÍA DE LO BLANCO

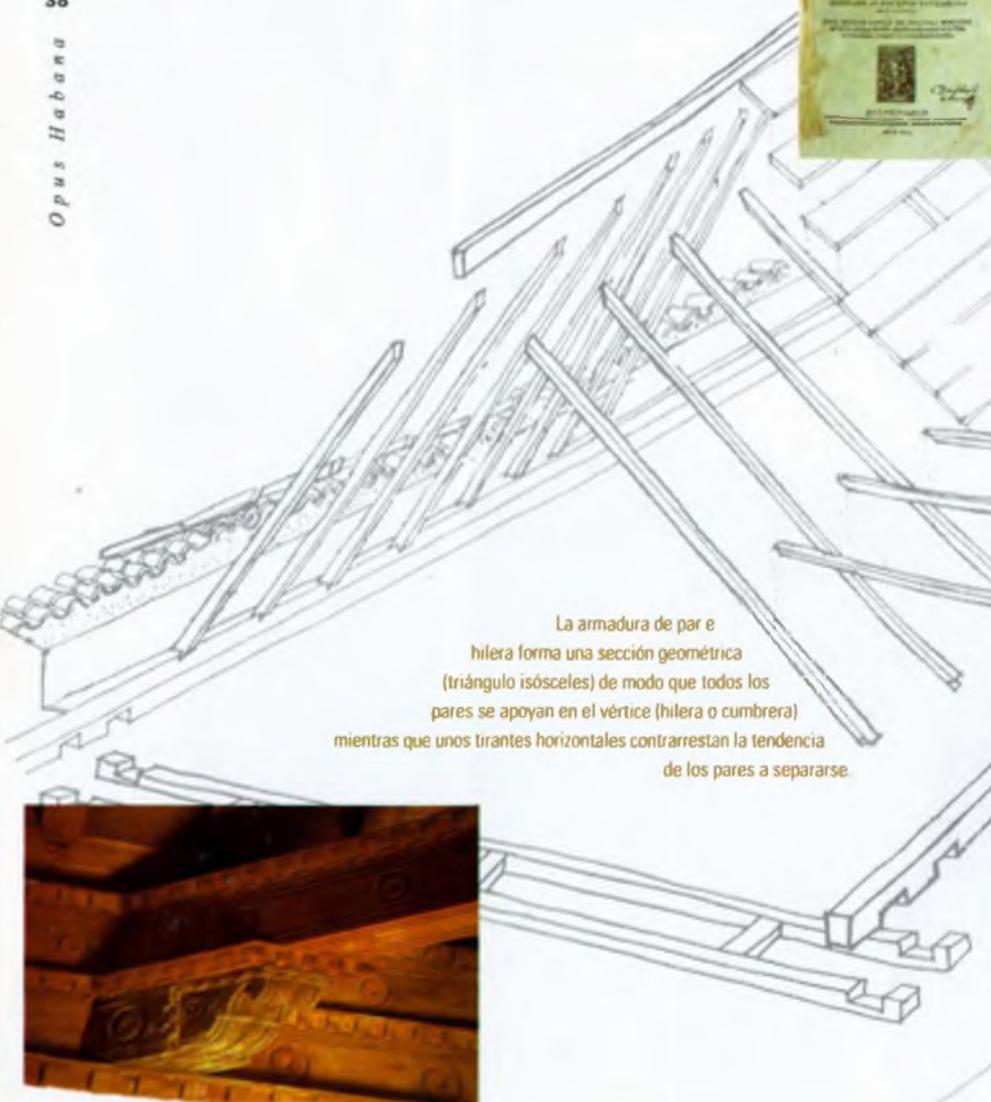
Hacia el siglo XVI la carpintería en España descansaba sobre la actividad práctica y el traspaso de conocimientos empíricos de los maestros a los aprendices. El maestro Diego López de Arenas temía la desaparición de las artes de la carpintería de lo Blanco, como se llama a todas las modalidades del oficio relacionadas con la construcción en general, a diferencia de otras ligadas con obras agroindustriales o sanitarias (la carpintería de lo Prieto).

En 1619 López de Arenas escribió un pequeño tratado, reeditado varias veces hasta nuestros días, con el objetivo de enseñar a montar cualquier tipo de armadura o lacería. El maestro se propuso que cada artesano pudiera cortar en el taller los elementos estructurales y ornamentales, para ensamblarlos luego a pie de obra con absoluta seguridad, como un gigantesco rompecabezas de piezas que encajaran perfectamente.

Al efecto ideó un sistema basado en la proporcionalidad: todas las dimensiones guardaban relación entre sí, tanto en lo estrictamente constructivo como en lo ornamental. El carpintero debía poseer numerosos moldes y cartabones que le permitieran hacer los trazos necesarios para cortar las piezas. Sin embargo, estas valiosas herramientas de trabajo se fueron perdiendo o deformando con el transcurso del tiempo, amén de que se olvidaron muchas reglas de tradición oral.

La reedición del libro en 1633 constituyó el último intento por mantener la pureza del estilo. Mas poco podía remediar López de Arenas con su tratado, pues empleó una prosa destinada sólo a los maestros del gremio y demasiado oscura para los iniciados. Como resultado, ya en la España del siglo XVIII se ejecutaban facerías sin respetar las normas escritas.

El breve compendio de López Arenas ha permitido, sin embargo, que los estudiosos contemporáneos recuperen aquellas antiguas reglas, y ha facilitado el acercamiento a las complicadas técnicas utilizadas por los maestros carpinteros árabes y mudéjares hasta el siglo XVII, las cuales comenzaron desde entonces a caer en el olvido.



La armadura de par e hilera forma una sección geométrica (triángulo isósceles) de modo que todos los pares se apoyan en el vértice (hilera o cumbrera) mientras que unos tirantes horizontales contrarrestan la tendencia de los pares a separarse.





La secuencia de nudillos y su entablado se conoce como harnervuelo o almizate. La cubierta toma así forma de artesa y propicia decoraciones con lacerias o figuras geométricas.



La armadura de par y nudillo deriva del sistema anterior por adición de un nuevo tirante (nudillo) próximo a la cumbre, para ganar en rigidez y evitar el cimbreo de los pares muy largos en locales de grandes dimensiones.

EL CONVENTO ENCANTADO

Artesanos españoles y algún que otro musulmán encubierto trajeron a Cuba (y al resto de las colonias americanas) los rudimentos de ese oficio perdido, con ayuda del cual se construyeron centenares de techumbres que caracterizan —casi sin excepción— a las construcciones seculares y religiosas hasta bien entrada la primera mitad del siglo XIX.

El antiguo convento de Santa Clara de Asís es un verdadero museo de la carpintería de lo Blanco, cuyo maestro respondía al nombre de Juan de Salas y Argüello, según lo grabado en el techo del coro alto de esta edificación habanera del siglo XVII. Se trata de una figura paradigmática del artesano de su época, capaz lo mismo de decorar un harnervuelo del techo, que tallar figuras o confeccionar un armario con motivos decorativos. En aquel entonces, los artífices de la madera dominaban varios oficios, por lo que resulta muy difícil establecer los límites entre los carpinteros tallistas y los escultores.

Consta documentalmente que, a cambio de su labor de varios años (1638-43), Juan de Salas pidió que lo enterraran dentro de los muros del convento, donde (por ser de estricta clausura) sólo podían brindarle sepultura en el único lugar de acceso público: la nave de la iglesia.

Esa actitud bastaría para enaltecer el oficio, pues evidencia cuán orgulloso estaba de su propia obra, al punto de que no la cambia por monedas, sino por lo que creía más valioso: el eterno descanso en un lugar santo privilegiado, derecho del que sólo gozaban las más altas figuras seculares y eclesiásticas.

Tal parece que lo mereció, pues excavaciones arqueológicas revelaron en este sitio un enterramiento solitario con restos de un hombre de elevada estatura —seguramente un mestizo— que se aviene a la persona imaginada como maestro carpintero. A él deben pertenecer la mayoría de los alfarjes y armaduras del convento, así como el retablo mayor de su iglesia y la imagen de la Inmaculada Concepción que lo presidía. ■



Para aligerar las cargas se emplearon en los arcos del templo habanero de San Francisco de Asís diversos tipos de material cerámico. Así resulta de las excavaciones arqueológicas en dichos arcos, pero lo más importante estriba en que apareció allí un nuevo tipo de loza, clasificado provisionalmente como San Francisco policromo. Algunas piezas con grietas por defecto de cocción, sin engobe (baño impermeabilizante) ni decoración, evidencian que el proceso tecnológico no había concluido. Por tanto, deben haber sido elaboradas en alfarerías próximas al recinto amurallado de La Habana.

Carlos Alberto Hernández (Gabinete de Arqueología)





agua quemada

por Denís Extremera y Oscar Llanes

En 1508 Sebastián de Ocampo bojeó con dos carabelas la Isla de Cuba. El padre Bartolomé de las Casas cuenta que uno de los navíos, o ambos, tuvieron necesidad de carena [renovar o remendar las partes debajo del agua, ponerles pez y sebo]; entraron en el puerto que ahora llamamos de La Habana, y allí se la dieron, por lo cual se llamó Puerto de Carenas. A la entrada de éste quedó asentada definitivamente hacia 1519 la villa de San Cristóbal de La Habana. Sus vecinos aprovecharon desde entonces la bahía como laguna de oxidación. Hoy, la proporción de oxígeno disuelto en algunos puntos es casi cero.

Esta situación suele explicarse por la industrialización anárquica de principios del siglo XX y el crecimiento poblacional desmesurado (en La Habana viven ya más de dos millones de personas). La sobrecarga de desechos sólidos trae su causa primordial del alcantarillado, que se terminó en 1913 y aún funciona, pese a estar concebido para sólo 600 mil habitantes. Junto con el alcantarillado y los drenajes pluviales, vierten considerables volúmenes de materia orgánica y otras sustancias nocivas de la refinera de petróleo, la planta de gas licuado, las termoeléctricas y unas cinco mil pequeñas y grandes industrias más.



«No hay quien ignore que el puerto de La Habana se va cegando diariamente (...) Donde antes atracaban embarcaciones de bastante porte, con dificultad llegan hoy las lanchas sin tocar fondo, y este daño exige rápido remedio» (*Estado del puerto de La Habana*, 1812).



«Al paso que esto marcha, no dudo que esté muy próxima la pérdida de esta ensenada [Atarés], si nuestra draga no acude pronto en su auxilio o se quita la causa que la motiva. Esta, a mi ver, no es otra que la inmundicia de las 250 reses (...) que diariamente se benefician en los rastros» (*Lo que fuimos y lo que somos, o La Habana antigua y moderna*, 1857).



«El fondo de la bahía fue generalmente mucho más amplio que en la actualidad: empezó a disminuir a medida que creció la población, y las continuas deyecciones de un gran centro poblado y las basuras fueron depositadas en ella» (*Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la Isla de Cuba*, 1863).

«La estrechez del puerto de La Habana impide que sus aguas sean renovadas suficientemente. La poca limpieza y las inmundicias de estas aguas producen la muerte de gran número de peces.» (*Diario de la Marina*, 12 de octubre de 1921).

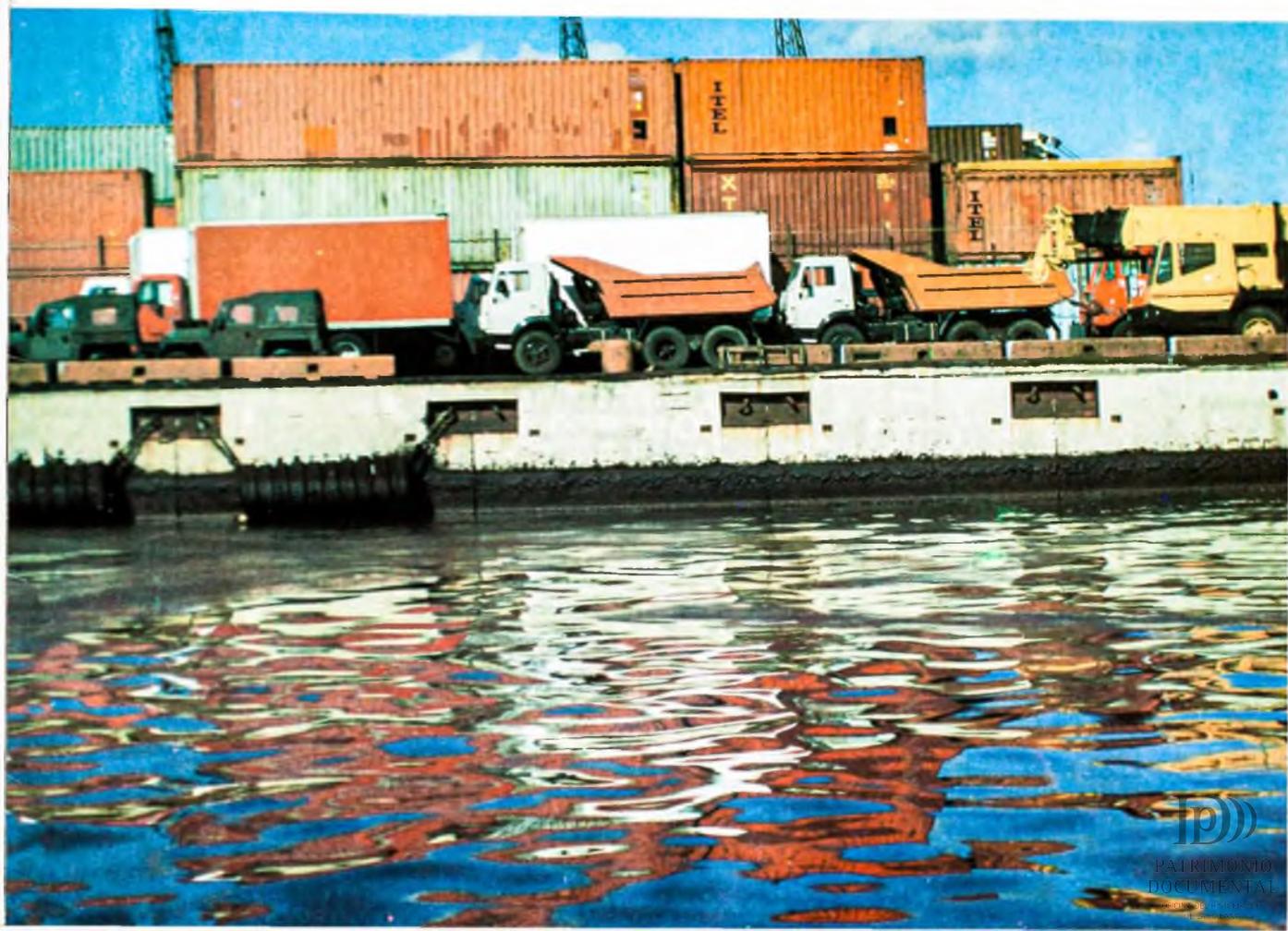
«Solamente viéndolo y oliéndolo puede uno darse cuenta de las inmensas cantidades de fango y materiales en putrefacción que se hallan en el fondo de la bahía» (*Quinto Congreso Médico Nacional*, 1921).



«Todo el litoral estudiado, a partir de la bahía, se encuentra contaminado dentro de una distancia de la costa de 500 metros» (*Tercer Congreso de Ingeniería*, 1939).

«Se requieren unos diez años para recuperar el nivel adecuado de oxígeno en la bahía habanera; por supuesto, sin arrojar nuevos contaminantes allí.» (*Instituto de Oceanología*, 1991).

«De continuar el proceso de degradación y saturación, la bahía y la zona que afectan sus aguas se convertirán en un mar muerto.» (*Efectos de la contaminación en la estructura ecológica de los arrecifes coralinos del litoral habanero*, 1991) ■





Numerosas piezas halladas en el templo de San Francisco de Asís y la casa del Marqués de Arcos (Plaza de La Catedral), amplían la información acerca de la cerámica Ichtucknee azul sobre blanco. La textura granulada de la pintura, el color crema de la pasta, el esmalte blanco y el estilo decorativo basado en la porcelana Kraak apuntan hacia las alfarerías de la zona de la Reina (Toledo) como posible centro de manufactura.

Roger Arrazcaeta y Antonio Quevedo
(Gabinete de Arqueología)



CONSORCIO LATINOAMERICANO
DE REPRESENTACIONES
IMPRESOS Y TURISMO

Desde su casa matriz en Costa Rica y sus filiales en otros países, **CLARITSA**[®] contribuye al desarrollo sostenible de las Naciones Latinoamericanas mediante la promoción de la globalización y el intercambio comercial; de la utilización de materiales reciclados y el desarrollo responsable del turismo.

CLARITSA[®] REPRESENTACIONES:

Representa empresas y productos industriales, alimenticios y artísticos, tanto entre las Naciones Latinoamericanas, como entre éstas y otras regiones del mundo como Norteamérica y Europa.

Además de representar productos, **CLARITSA**[®] ofrece asesoría en el desarrollo de las estrategias para la incorporación de los conceptos del "Green Marketing" en la comercialización de sus productos.

CLARITSA[®] IMPRESOS:

Con la visión integral propia de la globalización, **CLARITSA**[®] pone a su disposición un servicio multifacético para la producción de sus materiales impresos, el cual incluye la elaboración de texto, la fotografía, el diseño conceptual, la separación de colores la diagramación y la impresión.

Igualmente **CLARITSA**[®] pone a su disposición lo último en materias primas litográficas que no dañan el ambiente, tales como papeles ecológicos esmaltados y opacos de alta calidad, así como tintas biodegradables.

CLARITSA[®] TURISMO:

Tiene dentro de su núcleo de consultores de planilla y asociados a reconocidos especialistas internacionales en turismo, con los cuales ofrece los servicios de asesoría en la planificación, el diseño, el desarrollo y la operación de programas turísticos responsables, en especial los dirigidos a segmentos como el ecoturismo, el turismo de aventura, el turismo de salud, el turismo científico y el cultural.

TELEFONO: 283-6527 TELFAX: 234-2504. INTERNET Pandion@sol.racsa.co.cr
APDO. 10149. SAN JOSE, COSTA RICA





Imagen de la cubana

por Silvia Llanes Torres

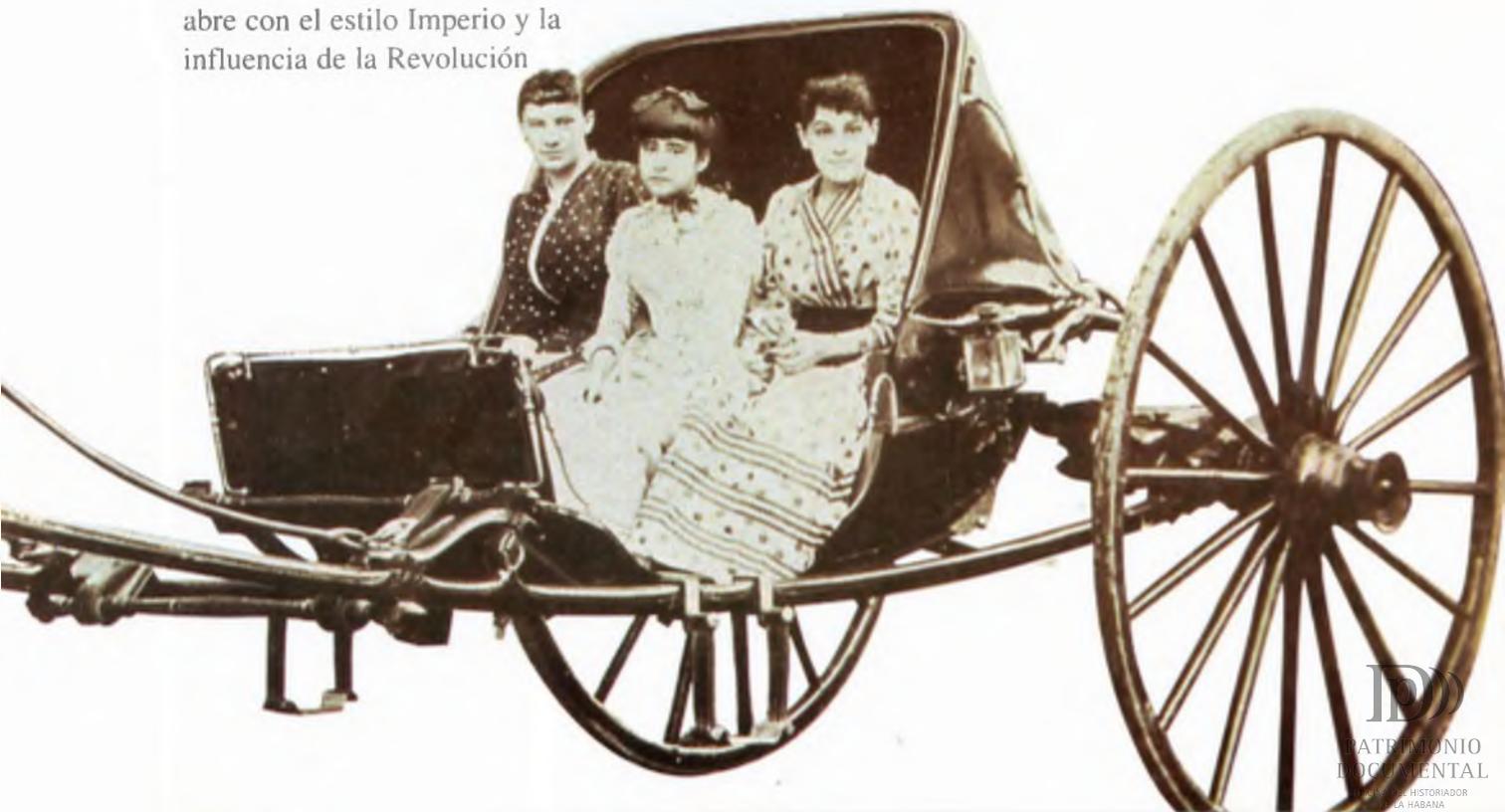
El modo de vestir cubano tiene como fundamento la ropa de corte universal traída por los españoles. Algunos accesorios como la mantilla, la peineta de carey, el mantón de Manila y las alpargatas, marcarían decisivamente la imagen de la mujer en Cuba.

En el siglo XIX cristaliza la bata como pieza tradicional femenina, y para fines del mismo siglo ya lo europeo ha sido amoldado a la manera criolla de vestir. El gusto por descubrirse y otras formas derivadas del clima y del temperamento, fijan ese modo de llevar la ropa en la misma medida que arraigan los tipos populares de la ciudad y el campo. Este último siglo de colonia se abre con el estilo Imperio y la influencia de la Revolución

Francesa; después llega la variante romántica que también describe Cirilo Villaverde en su novela *Cecilia Valdés* (La Habana, 1839). A consecuencia del clima van cambiando los tejidos y el escote; se consolida ese vestuario que, si en Europa se lleva sólo un mes, en Cuba es preciso casi todo el año. Y en virtud de la tiranía del hilo y la aguja, como medio de subsistencia o de entretenimiento, las cubanas producen una exquisita lencería e insertan en la imagen misma de la mujer una ropa clara llena de alforzas, vainicas, bordados al pasado, incrustaciones, tejidos a *crochet* o al bolillo, encajes y pasacintas.



Foto: Archivo de la Oficina del Historiador.



Trinidad de Cuba

por Alexander von Humboldt

Al salir del bosque se ve una cortina de colinas, cuyo declive meridional está lleno de casas; es la ciudad de la Trinidad, fundada, en 1514, por el gobernador Diego Velázquez, con motivo de las ricas minas de oro que se decía haberse descubierto en el pequeño valle del río Arimao. Todas las calles de la Trinidad están muy pendientes y se quejan allí, igualmente que en la mayor parte de la América española, de la mala elección de los terrenos que hicieron los conquistadores para fundar las nuevas ciudades. Al extremo boreal se halla la iglesia de *Nuestra señora de la Popa*, sitio célebre de romería. Aquel punto me pareció de una altura de setecientos pies sobre el nivel del mar; y se goza allí, como en la mayor parte de las calles, de una vista magnífica al océano, a los dos puertos (Puerto Casilda y Boca Guaurabo), a un bosque de palmeros y al grupo de los altos montes de San Juan. Como se me había olvidado llevar a la ciudad el barómetro con los demás instrumentos, a la mañana siguiente, para determinar la elevación de la Popa probé a tomar alternativamente las alturas del sol sobre el horizonte del mar y un horizonte artificial (...), pero el horizonte del mar estaba nublado e interrumpido, en algunas partes, por estrías negruzcas que anunciaban, ya pequeñas corrientes de aire y ya un juego de refracciones extraordinarias. Nos recibieron en la ciudad de la Trinidad en casa del señor Muñoz, administrador de la Real Hacienda,



La Iglesia de Nuestra Señora de la Popa (1716) es la construcción en pie más antigua de Trinidad. Estuvo consagrada al culto de la Virgen de la Candelaria y se erige sobre la Loma de Vigía, desde donde puede ser contemplada toda la ciudad y la vista llega al Mar Caribe.



Vista parcial del Valle de los Ingenios, declarado en 1988 Patrimonio de la Humanidad.

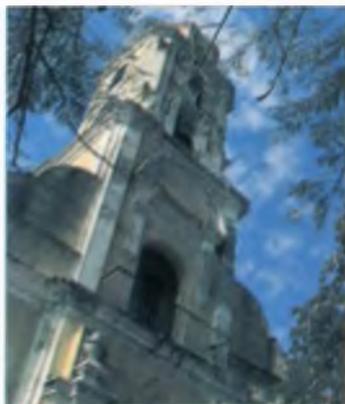
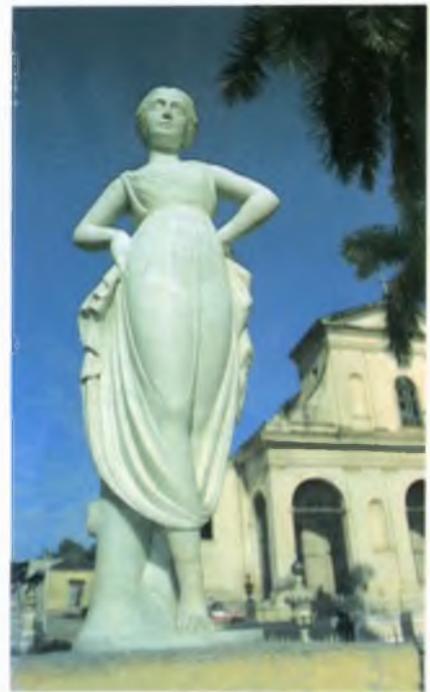


.El eje urbanístico de las ciudades coloniales en Hispanoamérica es la plaza mayor o de armas. Alrededor de ella no se aprecian en Trinidad grandes catedrales, fortalezas o casas de gobierno, pero sí un casco histórico urbano que por su conjunto también mereció ser declarado en 1988 Patrimonio de la Humanidad.

con la hospitalidad más amable. Yo hice observaciones durante gran parte de la noche, y cerca de la catedral hallé la latitud por la Espiga de la Virgen, del Centauro y de la Cruz del Sur, en circunstancias que no eran igualmente favorables, $21^{\circ} 48' 20''$. Mi longitud cronométrica era de $82^{\circ} 21' 7''$... Pasamos una noche muy agradable en casa de Don Antonio Padrón, uno de los habitantes más ricos, donde se hallaba reunido en tertulia, todo lo principal de

Trinidad en la noche del 15 de marzo [1801], y nuestra salida en nada se parecía a la entrada que habíamos hecho a caballo con los tenderos catalanes; porque el Ayuntamiento nos hizo llevar al embocadero del río Guaurabo en un hermoso coche guarnecido con damasco viejo carmesí, y para aumentar la confusión que experimentábamos, un eclesiástico que era el poeta del país, vestido enteramente de terciopelo a pesar del calor del clima, celebró en un soneto nuestro viaje al Orinoco.■

Estas notas del barón Alexander von Humboldt (1769-1859) fueron vertidas por primera vez al castellano en 1826, pero han sido tomadas de su *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, 2. ed., París, Librería de Leconte, 1836, páginas 331-337.



LA MAGIA DE UNA CIUDAD COLONIAL Y DE SU ENTORNO

Déjese envolver por ella, de la mano de un experto...
Que le brinda además una amplia gama
de opciones recreativas en su recorrido por el Casco
Histórico y el Valle de los Ingenios.

RUMBOS TRINIDAD DE CUBA: Calle Gloria esquina
a Desengaño, Trinidad, Código postal 62600.
Teléfonos: 4204, 3325 y 2436.



¿Se puede vivir en La Habana sin un centavo?

por Emilio Roig de Leuchsenring



Qué no se puede vivir sin un centavo en La Habana, donde se sostiene, impera y triunfa el *Bruja sopra*!

Nosotros debemos vanagloriarnos de poseer este tipo, genuinamente cubano, como se honran Buenos Aires con su *atorrante*; Madrid, con sus mendigos, inmortalizados por el genio de Velázquez; París, con su bohemio, cantado por Murger; y Rusia, con los «Ex-hombres», que encontraron en Gorki su defensor.

Y a nuestro *bruja* no se le puede confundir con ninguno de ellos. En los comienzos de su carrera, tal vez pida limosna, como el mendigo, o dé algún sablazo, como el bohemio; pero le es imposible seguir haciendo esto, porque llega un momento en que todo el mundo le conoce, cosa que no es difícil en La Habana.

Casa, ¿para qué la necesita?; en estos climas calurosos, no hay nada más agradable que dormir en sitios frescos. Los bancos de los parques, los portales de las casas y la glorieta del Malecón, reúnen condiciones envidiables de ventilación e higiene.

Para asearse tiene, a dos pasos, la inmensa «palangana» del mar; pero si le disgusta el agua salada, las pipas de riego y las fuentes públicas le proporcionarán, en cantidad, agua dulce, pura y cristalina.

Después, sentado cómodamente bajo un laurel del Parque Central, le es fácil enterarse, por algún periódico recogido en la calle, de lo que pasa en el mundo, de los «chismes de vecindad», como llama un amigo mío a la historia contemporánea.

Aunque no vive para comer, no le queda más remedio que comer para vivir. Su almuerzo, si lo desea «a la carta», le es bien cómodo conseguirlo. Se dirige a la Plaza, y allí, sin costo alguno, y con un poco de maña y habilidad, puede proporcionarse lo que desee.

El único vicio de que adolece, es el del tabaco. Por las calles se encuentran las colillas en abundancia; y, si no, nunca falta un amigo o conocido a quien pedirle un cigarro.

Por la tarde, está indicado un paseo por Obispo, para ver el desfile interminable de mujeres hermosas, o por el Prado, y, si es día de moda, por el Malecón.

Por la noche, antes de acostarse, no le vendrá mal otro paseito por el Prado...

Y después... a dormir a piernas sueltas hasta el siguiente día.

Hombre libre, como ninguno, despreocupado y feliz, no se cansa el *bruja sopra* de repetir, sin cesar, «ande yo caliente/y ríase la gente...»



Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964) fue Historiador de la Ciudad de La Habana desde el primero de julio de 1935 hasta su deceso. Estos fragmentos han sido tomados de un trabajo suyo que en 1912 mereció el premio de literatura costumbrista de la revista habanera *El Figaro*.



CUBANA

Puerta de Cuba al Mundo



**Abra la puerta de unas alegres vacaciones
y empiece a disfrutar ya de Cuba desde
que Vd. aborde nuestro vuelo.**

**De Cuba al mundo y del mundo a Cuba,
CUBANA marca siempre el mejor rumbo.**





El templo habanero de San Francisco de Asís dejó de ser lugar sagrado a consecuencia de las medidas liberales aplicadas en Cuba durante los años 40 del siglo pasado, por las cuales fueron expropiados los bienes de las órdenes religiosas.